

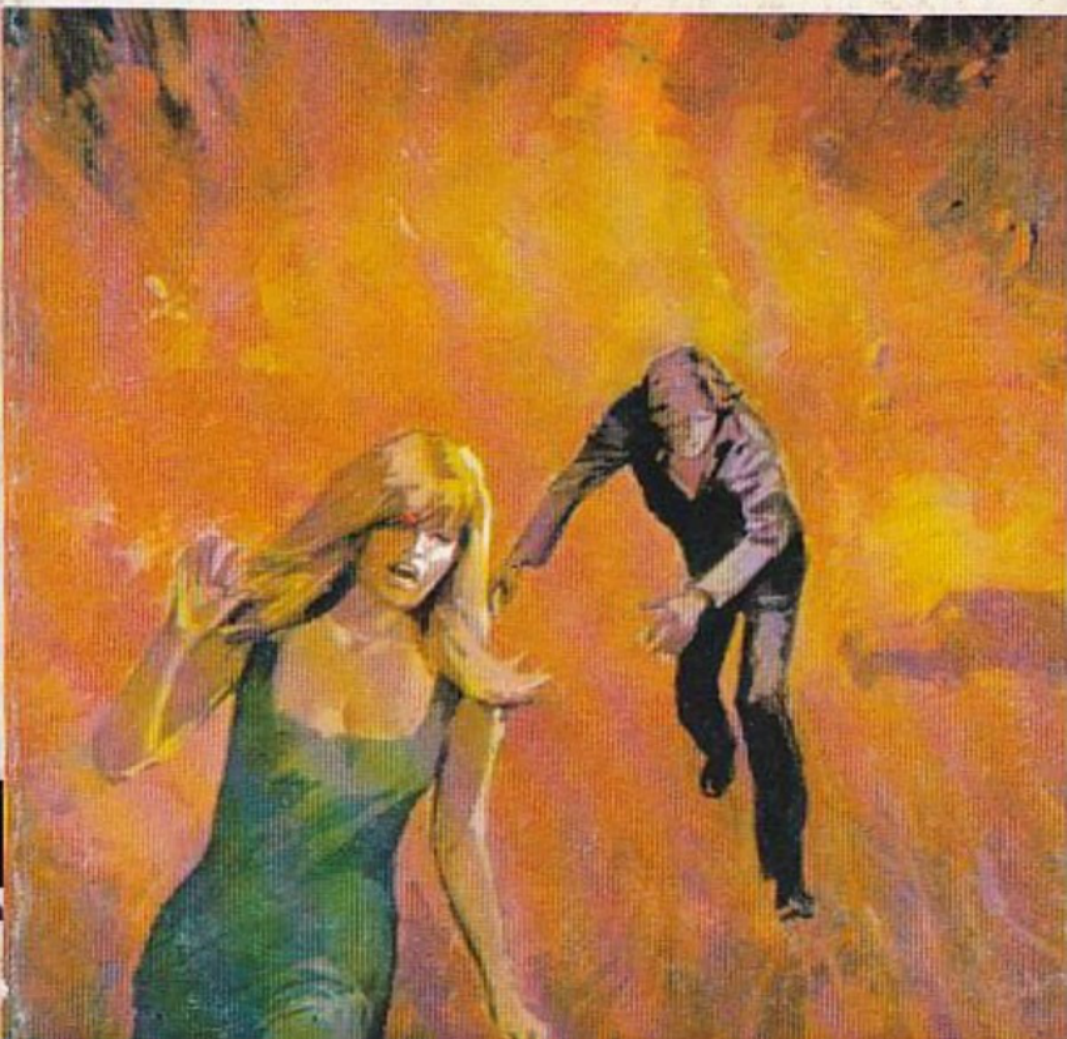
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



DOS PAJAROS DE UN TIRO

James West



PUNTO ROJO

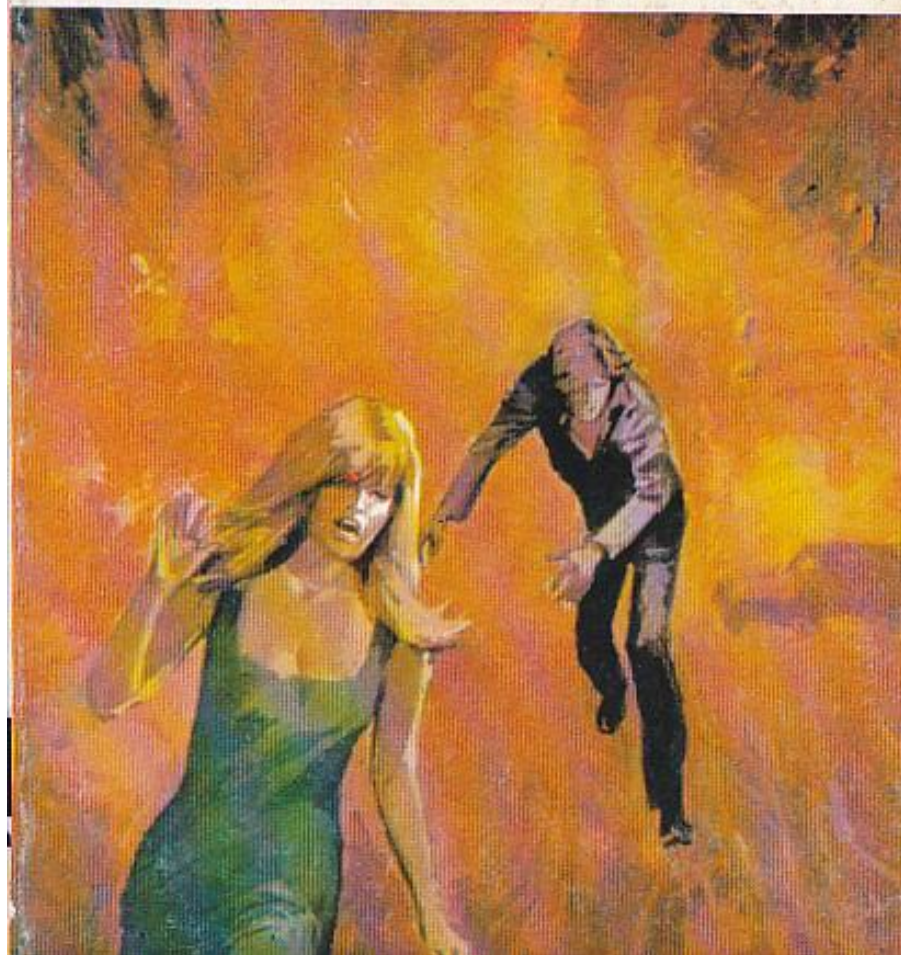
**BRU
GUE
RA**

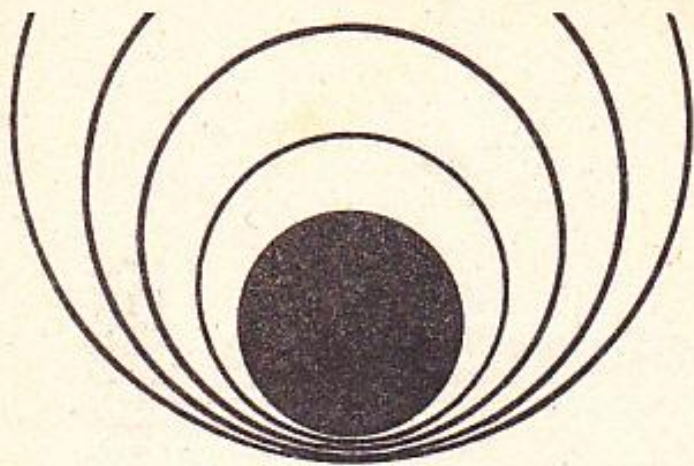
BOLSILIBROS

POLICIACO

DOS PAJAROS DE UN TIRO

James West





PUNTO ROJO





JAMES WEST

DOS PAJAROS DE UN TIRO

Colección PUNTO ROJO n.º 1.149 Publicación semanal EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02 02520-X Depósito legal: B. 16.664 1984

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: julio. 1984 1.a edición en América: enero. 1985

© James West – 1984 texto

© Desilo – 1984 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A. Camps y Fabrés. 5 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, **así** como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

Abrí la puerta y tuve ante mí a un tipo alto, de abundante y ondulado pelo castaño, nariz ligeramente aguileña, ojos oscuros y sonrisa a medio camino entre la amabilidad y la suficiencia. Se llamaba Robert Bray.

Robert era un viejo conocido. Bien es cierto que nuestro trato nunca pasó del límite de una barra de bar y un par de copas. Siempre fue un sujeto con buena estrella, mejor planta, y un olfato especial para los negocios, aunque algunos no fueran del todo legales.

Entre otras minucias, Robert era uno de los mayores accionistas de American Oil, propietario de una cadena de grandes almacenes y dueño de la mayor parte de las máquinas tragaperras de la ciudad.

—¡Hola, Pat!

—¡Hola, Robert!

Cuando me hice a un lado para franquearle la entrada, advertí que iba exageradamente perfumado.

—¿Cómo te va? —preguntó mientras se acomodaba en uno de los sillones de mi oficina.

—Podía irme peor. ¿Y a ti?

—No me puedo quejar.

—¿Te apetece una copa? Nada que sepa a néctar de dioses, te prevengo.

—Es algo temprano para mí. ¿Supongo que te extrañará mi visita?

—Si me dices que has pasado a saludarme, desde luego.

Robert rió mostrando su hilera de blancos dientes.

—Tienes razón. Es una visita de negocios; he venido a confiarte un trabajo.

—¿Y qué te ha pasado con los flamantes detectives de Pacific Avenue, para que les pierdas la confianza?

—Pensándolo mejor, creo que voy a aceptar esa copa.

Saqué una botella plana del cajón y dos vasos. Serví unos dedos en cada uno de ellos.

Robert Bray no puso cara de asco cuando se echó al colete el primer trago.

—¿Te suena el nombre de William Standley? —preguntó.

—Creo que es un tipo que se ha hecho millonario fabricando ascensores. ¿No se suicidó su hijo hace poco?

—Precisamente. Pues Williams Standley es tu cliente.

—Eso debo decidirlo yo, si no te importa. ¿Por qué no ha venido él?

—Su esposa ha sido ingresada en una clínica aquejada de una fuerte depresión, y él no está mucho mejor. Hizo unas desafortunadas declaraciones a la prensa poniendo en solfa a la policía, asegurando que la muerte de su hijo no se debe a ningún suicidio... Supongo que habrás leído algo al respecto. Los periódicos han inflado tanto el asunto que el Fiscal del Distrito se ha visto en la necesidad de meter las narices. Hubieran procesado a William de no tener en cuenta las circunstancias... Con todo y con eso, mi amigo sigue sin aceptar como buenos los argumentos de la policía e insiste en poner el asunto en manos de un detective. Eso explica por qué estoy aquí.

—También explica por qué no has acudido a cualquiera de las agencias de relumbré.

Los chicos de la prensa no hubieran tardado en enterarse.

—Naturalmente, confío en tu discreción. Pero no estaría aquí si no supiera que eres un excelente profesional, Pat.

—Ahórrate el jabón. Cuéntame cuanto sepas del asunto.

—El joven Michael Standley fue encontrado muerto de un balazo en la sien. El arma estaba a su lado, y sus huellas en la empuñadura... Bueno, eso ya debes saberlo por los periódicos. Un buen día alquiló un apartamento amueblado y se largó con toda su ropa, un Triumph deportivo, y la promesa de un cheque mensual...

—Eso quiere decir que a los padres no les pareció mal del todo.

—Digamos que aceptaron con la esperanza de que sólo fuese una extravagancia pasajera. La primera vez que apareció por casa en busca

del cheque pensaron que se había cansado de su papel de hijo pródigo y regresaba con el rabo entre las piernas, pero no fue así. Cuando murió llevaba más de un año viviendo fuera de casa... Sus padres y yo somos viejos amigos, y tenemos amigos en común. Hubo un tiempo en que Michael iba con ellos a todas partes, incluso recuerdo haber coincidido con él en un corto crucero, pero era un chico poco accesible, apenas intervenía en las conversaciones. Pasaba solo la mayor parte del tiempo.

—Pero ¿tendría algún amigo?

—Francamente, no lo sé.

—¿Y chicas?

Robert Bray encendió un pitillo de filtro dorado y papel color rosa. El humo blanco y aromático se extendió por toda la estancia.

—Ni idea —dijo al fin.

—¿En qué parte de la ciudad está el apartamento donde vivía el joven Michael?

—Próximo al muelle, me parece... Creo que en Bartholdi Street.

—¿Cuál es tu opinión personal, piensas que verdaderamente se trata de un suicidio?

—Te seré sincero: Cuando William me habló de poner el asunto en manos de un detective intenté quitárselo de la cabeza, pero no me hizo el menor caso. Si estoy aquí es porque se lo he prometido, nada más que por eso.

—¿Con quién debo ponerme en contacto si necesito algo?

—Conmigo. No dudes en llamarme o visitarme para lo que sea. Al pobre William es mejor no molestarlo —Robert me tendió una tarjeta—. Es mi número particular, no está en la guía... Voy a darte una cantidad a cuenta para los primeros gastos.

Aquellas últimas palabras me sonaron a música celestial, aunque procuré que no se notase.

—¿Serán suficientes diez mil dólares?

—Desde luego. Te extenderé un recibo —logré articular.

Cuando Robert Bray abandonó la oficina se me ocurrió mirar por la ventana. Vi a un tipo de uniforme abrir la portezuela de un Rolls-Royce para que entrase mi perfumado amigo. Estaba seguro de haber visto con anterioridad a aquel armario con patas vestido de gris. Inmediatamente me acordé: El tipo se llamaba Rick Maldonado, había sido un serio aspirante al título de los pesados, antes de ser sorprendido con una maleta de dólares falsos... Había llovido mucho desde entonces, pero Rick parecía mantenerse en buena forma a pesar de todo.

Se me ocurrió pensar que Robert se había preocupado más por encontrar un guardaespaldas que un chófer.

* * *

Eché un vistazo a la prensa atrasada intentando saber un poco más sobre el asunto.

El cuerpo del joven Standley había sido descubierto por el encargado de reparar las persianas de su apartamento. Efectivamente, éste se encontraba en el 196 de Bartholdi Street.

Encontré en las páginas de un semanario la fotografía de Michael Standley vistiendo traje de montar, junto a sus padres y el propio Robert.

Eso fue todo. La prensa se había ocupado mucho más de las declaraciones de William Standley y del revuelo que éstas armaron.

Bartholdi Street era relativamente corta y no demasiado populosa. Estaba formada, en su mayor parte, por edificios de cuatro o cinco plantas con más de medio siglo de existencia.

Me hice pasar por un comerciante neoyorquino que pensaba afincarse temporalmente en la ciudad.

El casero, un individuo obeso, mostoso, de respiración fatigosa y sonrisa de mercader, me dijo:

—Hay un apartamento libre, el 27 A, pero lo tengo medio apalabrado.

—A pesar de todo me gustaría verlo —dije exhibiendo un billete de diez pavos.

—Está bien, puesto que tiene tanto interés —dijo sin perder de vista ios diez dólares que yo introducía en el bolsillo superior de su

mugrienta americana—. Aquí tiene la llave, perdone si no subo con usted, es por el asma... Me encontrará aquí abajo, llame si está cerrado.

Una mujer de mediana edad y un crío de unos cinco años pasaron junto a nosotros.

—Buenos días, señora Harper —saludó el casero.

La mujer respondió de mala gana, sin detenerse, empezando a subir por la escalera. Yo subí detrás. El niño volvía la cabeza para mirarme, con esa impertinencia inconsciente de los críos. La mujer se vio obligada a tirar de él en varias ocasiones.

Cuando llegamos al cuarto rellano, se detuvieron frente a la primera puerta. Me fijé en el número: «26 A», justo el que enfrentaba con el apartamento de Michael Standley.

En cuanto abrí la puerta una atmósfera densa y enrarecida me azotó el rostro. Di con el interruptor. La bombilla de la entrada emitía una luz pobre que pasaba con dificultad a través del portalámparas. Intenté subir la persiana para que penetrara la claridad del día y no lo conseguí.

El inmueble se componía de amplio comedor- cocina, habitación y baño. El suelo era de parqué, pero en el comedor había una alfombra que lo cubría. En cuanto al mobiliario, era escaso y funcional. Aún podían verse en el suelo del cuarto de baño algunas rayas de tiza, mal borradas, que habían servido para contornear la posición del cadáver de

Michael.

Alguien había despanzurrado los almohadones y el colchón para comprobar si escondían algo en su interior.

La nevera estaba desconectada, dentro encontré unos botes de cerveza y un tarro de mantequilla hecho caldo.

Enrollé la alfombra. Nada debajo, salvo las manchas verde oscuro formadas por el moho, y media docena de cucarachas.

Igual éxito en el horno, la cisterna del retrete, detrás del espejo de baño, y entre los libros de una estantería. Me fijé en algunos títulos: *El caballo árabe. Tratado de hípica, El caballo de competición, Enfermedades y cuidados del caballo, El arte de la equitación...*

En el armario empotrado de la habitación no encontré más que polvo. Por lo visto la ropa había ido a parar a los laboratorios policiales para ser examinada a conciencia por los peritos.

Poner el apartamento patas arriba no me sirvió de mucho. Fue precisamente entonces cuando recordé a la mujer de enfrente. El seboso de abajo la había llamado «señora Harper». Decidí probar suerte.

—¿Qué quiere? —preguntó sin darme tiempo de abrir la boca.

—Hablar con usted —dije mostrando mi carné de investigador privado, que ella leyó detenidamente.

—Se trata de Michael, ¿verdad?

—Así es.

—Está bien, entre, si no lo dejo ahora insistirá hasta conseguirlo.

El crío estaba dormido en el sofá, cubierto con una manta. A su lado, sobre una silla, había un puzzle medio resuelto y un libro. Leí el título: *El caballo cimarrón*.

—Sentémonos aquí, junto a la ventana, para no despertarlo... Bien, ¿qué quiere saber?

—Cuanto pueda decirme de Michael.

La señora Harper se puso un pitillo en los labios, lo encendió y apagó la cerilla con la primera bocanada.

—Llegó aquí una tarde conduciendo un deportivo cargado de maletas, y vestido como un dandi, lo vi desde la ventana. El casero le hizo el artículo y se quedó con el apartamento.

Usted habrá visto que no se trata de ningún palacio...

La señora Harper parecía una máquina de fabricar humo. Por un momento su rostro se vio envuelto por una nube blanquecina. Se levantó para entreabrir la ventana.

—Pasado un tiempo —continuó—, el deportivo se convirtió en un cacharro de segunda mano, los trajes a medida en vaqueros y camisas de felpa. También el viejo coche desapareció más tarde... O tenía poca pasta o gastaba a manos llenas, una de dos.

—¿Usted sabía quién era, en realidad?

—¿Se refiere a que sus padres fueran gente de dinero?

—Sí.

—Me enteré por los periódicos, después de su muerte. Tampoco creo que lo supiera el cerdo del casero, lo hubiese colmado de atenciones. Conozco bien a ese individuo.

—¿Y qué me dice del resto de los inquilinos?

—¿Usted se ha fijado en este edificio? Se cae solo. La mayoría de los que viven aquí están desde que lo construyeron... Pasan el tiempo frente al televisor, con la esperanza

de que el invierno dure poco y les aumenten la pensión. Algunos no salen durante semanas, ni se enteran de lo que ocurre al otro lado de la puerta.

—¿Cree usted que el chico se suicidó?

—Nunca lo he dudado. Michael era un inadaptado, de los que no se sienten a gusto en ninguna parte. Siempre parecen estar huyendo de algo. Conozco los síntomas, su padre —

dijo señalando al niño dormido— también era así. Hombres magníficos, superiores a la mayoría si tienen donde apoyarse, pero si no... Mi marido... Pero, bueno, usted no ha venido aquí para oír la historia de mi vida...

Encendió un nuevo pitillo con la colilla del anterior y prosiguió:

—El pequeño tropezó con el felpudo de la escalera. Hace tiempo que le vengo diciendo a esa foca asmática que la cambie, bueno, lo cierto es que empezó a llorar como un descosido, Michael salió a calmarlo, le enseñó un libro con láminas de caballos y viendo el entusiasmo del pequeño, terminó por regalárselo. Por cierto, eso me recuerda...

La señora Harper se levantó dirigiéndose a un estante, cogió un pedazo de papel que asomaba bajo una estatuilla de barro y me lo tendió.

Alguien había aprovechado el margen de una hoja de periódico para escribir lo siguiente: «Carretera 312 a 5 millas de Santa Eulalia.»

—Estaba entre las páginas del libro, lo encontró el pequeño hace unos

días.

—¿Quiere decir que la policía no sabe nada de esto?

—Ni media palabra. ¿Cree que puede serle de alguna utilidad?

—Cualquiera sabe. ¿Hablaba a menudo con Michael?

—Sólo cuando coincidíamos en la escalera. Si el pequeño iba conmigo, yo apenas intervenía en la conversación.

—¿Sabe su hijo lo de Michael?

—¿Cómo ocultárselo con tanto ir y venir de policías? Los críos no son tontos. Por otra parte, yo soy partidaria de ocultarles lo menos posible.

—¿Le vio alguna vez recibir visitas?

—Venía a verlo un individuo bastante estraçalario, iba vestido como esos que duermen en las barcasas del muelle, o en los andenes de estación. Los últimos días también vi salir a una chica del patio; como antes oí cerrar la puerta de su apartamento pensé que venía de verlo a él.

—¿Quiere decir, días antes de su muerte?

—Sí, eso es.

—¿Puede describirla?

—Rubia, joven, buen tipo... Llevaba una gabardina clara...

La señora Harper me acompañó hasta la puerta, me estrechó la mano y prometió que la próxima vez procuraría tener una botella de bourbon.

El de la respiración fatigosa me esperaba abajo.

—¿Qué le ha parecido?

—Tengo la impresión de que el anterior inquilino no cuidaba demasiado bien del piso.

¿Quién era?

—Un joven; un estudiante, creo.

Comprendí que no entraba en los propósitos del casero hablarme de Michael, y tuve que forzar un poco el asunto.

—¿No fue en ese apartamento donde se suicidó un chico hace poco?

El asmático necesitó unos segundos para reaccionar. Debió ayudarle un poco el recuerdo de los diez pavos.

—Sí... Lo descubrió el persianero. El hombre llamó varias veces a la puerta, como nadie contestaba pensó que el muchacho había salido. Yo conservo llaves de todos los apartamentos, es la costumbre, así que se la presté. ¡Pobre hombre! Se llevó un susto tremendo.

* * *

En la «carretera 312 a 5 millas de Santa Eulalia» se encontraba Eros Island, lo sabía, pero había preferido no hablar de ello a la señora Harper.

Eros Island era un antiguo palacio francés. Un ricachón caprichoso se lo había traído piedra a piedra. Las cosas le fueron mal en la Bolsa, y la vendió a una sociedad especializada en antros de postín.

Si el chico de los Standley era tal y como me lo habían descrito Robert y la señora Harper, resultaba difícil relacionarlo con un lugar como Eros Island. Pero era una pista que debía seguir. Por ser la única y porque los de Homicidios ignoraban su existencia.

CAPITULO II

Pensé que nadie mejor que Terry como compañera de una incursión a Eros Island.

Terry era modelo publicitaria. Me la tropezaba a menudo en lo alto de una valla, en los spots televisivos y en las estaciones de Metro, pregonando las excelencias de un desodorante, de una crema depilatoria o de un frigorífico.

Terry quiso ser actriz, llegó de alguna parte de Atlanta y se puso a estudiar Arte y Declamación como una loca. No tardó en descubrir que a los agentes teatrales les importaba un bledo su talento, y que si la citaban para una prueba, ésta debía realizarse en la *suite* de algún discreto hotel.

Forzada por las decepciones y la imperiosa necesidad de comer de vez en cuando, se convirtió en modelo publicitaria.

Tuve que pulsar el timbre varias veces para que Terry me abriese.

—¡Ah!, eres tú —dijo amagando un bostezo—, ¿Qué hora es?

—Las cinco de la tarde.

—¿Ya? Estoy hecha una piltrafa, chico.

Terry se miró en el espejo ovalado del recibidor.

—¡Dios, qué cara! ¿Quieres algo de mí?

—Invitarte a cenar.

Terry me miró sonriente. Por lo general, nuestras cenas eran el prólogo de algo.

—Tardaré más de dos horas en estar lista. Prepara un par de combinados, tomaré el mío cuando salga del baño.

Apareció cubierta con un albornoz rosa, cogió una copa y se dejó caer sobre el sofá.

Cruzó las piernas y me miró con sus grandes ojos verdes.

—Hueles a naturaleza, a tierra bañada por la lluvia, a gacela

retozando entre la hierba.

—¡Qué romántico! ¿Es tuyo?

—Lo dices tú en un spot.

—¿Yo digo cosas tan cursis como ésa? No lo recuerdo.

Terry cambió sus hermosas piernas de posición, jugando con mi curiosidad objetiva.

Dejó la copa antes de preguntar:

—¿Qué planes tienes?

—¿Has oído hablar alguna vez de Eros Island?

—Lo bastante para saber que no se trata de un lugar propicio para el recogimiento y la meditación.

—Intenta arreglarte como si fueras la clásica secretaria que sabe más de movimientos de cadera que de taquigrafía. Es allí donde vamos.

—¿Andas tras algún pez gordo?

—Todavía no lo sé.

Habían dos medios de llegar a Eros Island. Por carretera, lo que representaba varias horas de coche, o en helicóptero. Nosotros optamos por el segundo.

Apenas si tuvimos tiempo de fumarnos un pitillo durante el viaje.

El vestíbulo tenía la apariencia de un hotel de lujo, hotel donde no era necesario inscribirse.

Un tipo sonriente entregó la llave de nuestro aposento al mozo que ya se había hecho cargo de nuestro ligero equipaje.

Llegamos con el tiempo justo de vestirnos para la cena.

Terry llevaba un vestido con un escote en la espalda que era una promesa, y otro en la parte delantera que era una tentación. Estar con Terry y pensar en otra cosa que no fuera pasarlo bien con ella, era pedirle peras al olmo.

Terry me hizo notar que la mayoría de los galanes rozaban la

senectud, y sus acompañantes parecían haberse escapado de la secundaria.

La carta era muy curiosa. Junto al nombre en francés de algunos platos, había una pequeña anotación que indicaba: «Afrodisíaco», o «Muy afrodisíaco».

—¿Afrodisíaco? ¿Quién lo necesita? —me susurró Terry a! oído.

Apenas concluida la cena, alguien apareció golpeando un pequeño gong para anunciar que el night club estaba abierto.

Terry, muy en su papel, se agarró a mi brazo y fue mordisqueándome el lóbulo de la oreja por el camino.

El night club estaba en el sótano.

La penumbra siempre ha dado un cierto toque de clandestinidad y corrupción que en aquel local habían sabido combinar a la perfección.

Nuestra mesa ya tenía una botella de champaña y dos copas. El camarero se acercó a descorcharla, nos sirvió, y desapareció prudente y sigilosamente.

Terry, que había soplado lo suyo durante la cena y no le hizo tisquismiquis al champaña, se achispó un tanto.

Bailamos hasta que yo empecé a echar de menos una silla, Terry parecía incansable.

Apenas nos sentamos surgió de alguna parte una rubia imponente. Llevaba pegada al cuerpo una malla de color metálico, generosamente escotada. Sobre la cabeza un extraño artilugio del que salía una luz semejante a la de un faro de automóvil.

La rubia caminaba por entre las mesas como se supone debe hacerlo un astronauta en un planeta extraño, rodeado de peligros. De pronto se detenía, lanzaba durante escasos segundos el haz luminoso sobre una mesa y realizaba a continuación, con breves trazos, la caricatura más o menos acertada de la pareja, para mostrarla después a un público perplejo que había esperado de aquella aparición, un espectáculo erótico-espacial. Sólo los «tórtolos» en cuestión, esgrimiendo sonrisa de circunstancias, premiaban la labor de la rubia con unos dólares que ella guardaba entre sus preciosos limones.

El espectáculo se repitió varias veces. Algunas muñecas soltaban

grititos o risitas nerviosas al verse enfocadas, y sus cresos acompañantes, más de un gruñido.

Tampoco a Terry le hizo gracia aquel asalto a nuestra intimidad, pero aún le gustó menos la rubia.

Cuando la caricaturista se acercó sonriente a por sus dólares, Terry le arrebató el papel de las manos. Según aquella caricatura, Terry era un poco parecida a Burt Lancaster, y yo a Harpo Marx.

—¿Esa soy yo? Supongo que no irás a pagar por esto.

La rubia fingió no haber oído y yo hice lo mismo.

—Me gustaría preguntarte algo —dije poniendo en su escote un billete de diez dólares.

¿Dónde podemos hablar?

—¿Hablar? ¡Qué modo más original de llamarlo! —comentó la caricaturista con una sonrisa.

—No desbarres, guapa; ha dicho hablar, y ha querido decir hablar. Si preciso de sustituta ya te avisaré —saltó Terry.

—¿Qué le pasa, no sabe beber? Bien, si quieres hablarme... Cerca de la barra hay una puerta que da a los camareros, el del fondo es el mío.

Terry mató su mal humor con otra botella de champaña. No le hizo el menor caso al espectáculo que vino a continuación.

Cuando más tarde entré en el camerino la rubia ya no era rubia, sino morena. La larga peluca descansaba sobre una cabeza de corcho; ella cubría su cuerpo con una bata que había conocido épocas mejores.

Le mostré la fotografía del semanario.

—Quiero saber si recuerdas haber visto a este chico por aquí —dije señalando al joven Standley.

—¿Eres un poli?

—No, no soy un poli. Sólo busco al hijo de unos amigos. Están preocupados porque no saben por dónde anda.

Solté esa versión porque nunca es aconsejable hablar de muertos si se pretende obtener información.

—¿Me quieres tomar el pelo? Este chico es imposible que haya estado por aquí.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque es un crío.

—Un crío con más de diecinueve años... Te auguro más de un problema si sigues considerando críos a los chicos de esa edad.

—Conozco esos problemas. Lo que quiero decir es que, en sitios como éste, los pimpollos no tienen cabida. Aquí sólo vienen ancianos con mucha pasta, dispuestos a pasar con su muñeca unas horas de expansión...

—Lástima de cincuenta pavos...

—¿Qué quieres decir? ¿Pensabas darme cincuenta dólares por eso?

—Si quieres te lo firmo.

—No puedo hablarte de lo que no he visto, pero te diré algo. He reconocido a uno de los miembros de esa hermosa estampa familiar. Su chica se puso histérica por mi causa, cuando la iluminé con el foco. Empezó a cubrirse la cara y hacer aspavientos. Estaba muy nerviosa y asustada, al tipo le costó lo suyo tranquilizarla... Para mí que era su primera escapada nocturna.

Me fijé en el dedo índice de la rubia morena, que señalaba a Robert Bray.

—¿Estás segura de eso?

—Lo estoy. Pero si pretendes ponerme en el disparadero haciéndome la pregunta formalmente ante testigos, no pienso abrir la boca. Aquí me gano bien la vida y no quiero líos de ninguna clase.

—Lo comprendo —dije dejando caer algunos dólares sobre una mesa atiborrada de cosméticos—, Por cierto, ¿dónde aprendiste a hacer caricaturas?

—Si vas a decirme que son malas, ahórrate el trabajo, lo sé.

Encontré a Terry en la habitación hecha un brazo de mar. Se había dado una ducha y me

esperaba en bata, chinelas, y un «camel» entre los labios.

—¿Qué tal la rubia?

—Es morena.

—Ya me di cuenta. ¿Has conseguido algo de ella?

—Según a lo que te refieras.

—No te hagas el gracioso, no has tenido tiempo ni de desatarte los zapatos. Hablo de tu asunto.

—Algo me ha dicho, pero no tiene nada que ver con lo que yo ando buscando. He echado el anzuelo para pescar un salmón y he sacado una bota vieja.

Terry puso los ojos que deben poner las profesoras de geografía, cuando pretenden enseñar a su alumno favorito, algo que nada tiene que ver con los ríos de África, o las Montañas Rocosas.

—Olvida el trabajo por esta noche —dijo cuando aplastaba el pitillo sobre el cenicero.

Hice cuanto pude por comportarme como un alumno aplicado, creo que lo conseguí.

CAPITULO III

Me despertó cierta sensación de frialdad en la nariz. Era un tubo corto, negro. Detrás del tubo un tambor con seis balas, detrás del tambor una mano, a continuación un individuo chato, cejijunto y pelo enmarañado, que me miraba sin atisbo de cariño en sus ojos.

Observé de reojo que habían dos tipos más a su lado. Cuando el cañón del Colt se apartó un poco de mi nariz, me incorporé y di con el codo a Terry. Ella descubrió al trío y me miró extrañada.

—Sé tanto como tú, querida —dije simplemente.

—¿Quiénes sois, pajaritos? —preguntó el chato del Colt.

—Tenía entendido que aquí, eso, no interesa a nadie.

—Ayer le hiciste una visita a la chica de las caricaturas, ¿qué querías de ella?

—Un autógrafo. Esa chica es toda una artista. Llegará lejos.

—Ya ha llegado todo lo lejos que tenía que llegar. Está muerta.

—¡Muerta! —exclamé.

El rostro de Terry cambió de color.

—Degollada. Un tajo de maestro. Naturalmente, tú la visitaste ayer, pero no tienes ni idea del asunto, claro está.

—Hasta ayer no conocía a esa chica.

—Escúchame, tío listo. Ayer hablaste con ella de algún asunto, un asunto peligroso, a juzgar como le ha ido a la pobre. Sé buen chico y empieza a explicarte.

—Me llamo Pat Monroe, soy comerciante. Ella es Terry, mi secretaria. Es el Evangelio.

Uno de ellos había cogido mi americana y sacado mi carné de conducir del bolsillo.

—Es verdad, jefe. Su nombre coincide con lo que pone aquí.

El chato del revólver lo miró como se mira a los monos de un parque

zoológico.

—Naturalmente, idiota, no nos va a mentir en una cosa tan fácil de comprobar... Bueno, tórtolos, poneos algo encima, vamos a salir.

Nos vestimos delante de aquellos tres sujetos. Como es lógico, apenas se fijaron en mí.

Salimos del edificio de Eros Island por una puerta de emergencia, nos empujaron hasta un *jeep* a cuyo volante había un individuo, que, al vernos, puso el motor en marcha.

Terry iba delante entre el tipo del Colt y el chofer, un tanto exprimida. Yo detrás entre los gorilas.

Debimos alejarnos de Eros Island poco más de una milla. Era un lugar solitario, poblado por altos árboles y tupido follaje.

Nos hicieron descender.

Terry temblaba como una hoja agitada por el viento, intenté tranquilizarla con la mirada aunque mi estado de ánimo no era mucho mejor.

Uno de los gorilas sacó una navaja envuelta con un trapo blanco. El trapo y el cuchillo estaban manchados de sangre.

—Deja hacer a mis hombres y no ocurrirá nada —dijo el chato, siempre con el revólver en la mano.

Uno de los gorilas agarró con fuerza mi muñeca derecha. El jefe puso el cañón de su arma a escasas pulgadas de mi cabeza.

—Coge la navaja —le oí decir en un tono que no admitía réplica.

Mis huellas quedaron impresas en el mango. Pero eso no fue todo. Lo que yo había tomado por simple trapo, era un pañuelo de Terry, bordado con sus iniciales.

—Ahora ya podéis iros, parejita. Supongo que no hará falta que os diga lo que ocurrirá si vais con el cuento a la bofia.

—Te consta que no hemos sido nosotros.

—Me importa un bledo quien haya sido. Protejo el negocio. Ver a la pasma husmeando por aquí ahuyentaría la clientela.

Fueron muy considerados. Se habían ocupado de hacer nuestro equipaje dejándonos el dinero suficiente para regresar en coche y pagarnos un par de hamburguesas.

—Es curioso, no hace ni veinticuatro horas me consideraba una persona medianamente feliz, y ahora soy la cómplice del asesinato de una pobre chica de la que ni siquiera conozco su nombre.

—Procura no pensar demasiado en eso, Terry. Nunca utilizarán esas pruebas falsas contra nosotros. Para ellos es sólo un seguro.

—¿En qué andas metido?

—No tengo ni la menor idea.

Y era cierto.

* * *

Mientras me dirigía a la residencia que Robert Bray tenía en la costa, no cesaba de repetirme que se trataba de una maldita coincidencia, que la caricaturista estaba sentenciada por su asesino mucho antes de mi aparición, pero eso no me tranquilizaba.

Fue Rick Maldonado, el chófer-guardaespaldas, quien me abrió la puerta.

Robert acudió a mi encuentro con la sonrisa en los labios, invitándome a entrar en su deslumbrante despacho.

—Si has preferido venir, a llamar por teléfono, será porque hay novedades —dijo.

—No de las que te imaginas...

Esperé a que Rick nos dejase solos, cerrando la puerta tras de sí, para decirle el resto.

—La chica de las caricaturas te manda recuerdos.

Robert me miró atentamente. Acusó muy bien el golpe, apenas advertí un leve gesto de sorpresa en su rostro.

—¿A qué viene eso? No te he pagado para que investigues sobre mí. De acuerdo, he estado en Eros un par de veces, puede que tres... Soy soltero, no tengo por qué dar cuentas a nadie.

—Tus líos me importan un rábano, Robert. Encontré cierta nota de Michael que me condujo hasta Eros Island. Mostré a la caricaturista una fotografía de prensa, en ella, además de Michael y sus padres estabas tú. La chica te reconoció, al parecer llevaste a

una niña un poco histérica la última vez. Pero hay algo más...

Robert se removió inquieto en el asiento.

—Asesinaron a la caricaturista poco después de hablar conmigo. Le rebanaron el pescuezo.

—¡Dios mío! ¿Quién pudo hacer una cosa así?

—Sabremos quién, cuando sepamos por qué.

—Puede que la policía sí sepa algo.

—Esos no saben absolutamente nada. La chica reposa en alguna parte de los alrededores de Eros Island, no quieren a nadie husmeando por allí, prefieren zanjar el asunto sin más. En cuanto a mí, si abro el pico, presentarán una prueba tan falsa como difícil de rebatir, demostrando que soy el asesino.

—Comprendo... Bueno, ellos nunca harán nada en contra tuya, puedes estar seguro, sólo intentan protegerse.

—¿Y qué me dices de la pobre chica y el tipo o los tipos que la asesinaron?

—Nada puedes hacer por ella, desgraciadamente. Además, piensa un poco. ¿Crees que esos que han inventado las pruebas falsas contra ti no sabrán a estas horas quién lo hizo?

Puede que ya esté haciéndole compañía a su víctima. A ti te han enredado en el asunto para no dejar ningún cabo suelto. Está tan claro como el agua.

—¿Por qué crees que Michael tenía el nombre de ese antro de postín escrito en un papel?

—¿Cómo quieres que lo sepa? En cualquier caso tú has estado allí, ya habrás comprobado que aquello no es sitio para chicos de su edad... Mira, Pat, ya te hablé claro la otra vez, personalmente pienso que Michael se suicidó, al contratarte yo no hice más que cumplir los deseos de su padre. Ahora parece más dispuesto a aceptar los hechos...

Cada día está más pendiente de su esposa. Apenas sale del Residence Hospital donde ella está.

—¿Significa eso que ha cambiado de opinión y acepta el informe presentado por la policía?

—Bueno, no hemos hablado de ello, pero tampoco él ha sacado a relucir el tema, y eso me parece significativo.

—No es mi costumbre dejar las cosas a medias Robert, supongo que lo sabes. Si tu amigo ya no tiene dudas, yo empiezo a tenerlas.

Robert Bray esbozó una sonrisa que me pareció de circunstancias.

—¡Ah!, por cierto. Casi se me olvida —dijo de pronto—. Tengo ciertas amistades en una compañía de seguros y sé que andan buscando un buen detective que trabaje exclusivamente para ellos. Si te interesa, el puesto es tuyo... Por supuesto, no es necesario que respondas ahora mismo, piénsatelo.

—Siempre he odiado la rutina, los horarios fijos, y la paga de fin de mes. Gracias de todos modos.

Cuando Robert Bray me acompañó hasta la puerta de su despacho, observé que no se hallaba totalmente cerrada, y sin embargo estaba seguro de habérsela visto cerrar a Rick Maldonado.

Fue precisamente el ex púgil quien me abrió la puerta de la calle.

—Maldonado, estoy en deuda contigo, me hiciste ganar un buen puñado de dólares.

Siempre apostaba por ti.

—¡Huy! De eso hace muchos años, señor Monroe.

—Cuando tengas ocasión avisa a un carpintero. La puerta de la biblioteca se abre sola.

Cualquiera puede escuchar lo que el señor Bray habla con las visitas.

Rick Maldonado me lanzó una mirada demoledora como despedida.

CAPITULO IV

Era noche cerrada.

Tenía el coche aparcado cerca de una cabina de teléfonos. Alguien de estatura considerable que vestía cazadora verde oscuro salió de improviso cuando pasaba por la puerta.

—Anda recto hasta el Chevrolet, abre la puerta por el lado del volante y ocupa el otro asiento —dijo una voz masculina al tiempo que notaba la presión de un objeto duro en mis riñones.

Obedecí. Entonces pude ver su tez café con leche, sus ojos negros, y una Luger más negra todavía.

Sin dejar de apuntarme sujetó mi muñeca izquierda a la parte baja del asiento valiéndose de unas esposas. Se desvanecieron mis esperanzas de huida, subió de grado la preocupación por mi suerte, y la curiosidad por saber quién demonios era aquel tipo y qué quería de mí, exactamente.

—Te vas a llevar una sorpresa cuando descubras lo que hay en mi cartera.

El individuo de piel tostada no me hizo el menor caso.

El Chevrolet arrancó violentamente. Pronto nos confundimos entre el resto de vehículos.

—¿Estás seguro de que es a mí a quien buscas? —volví a insistir.

Me lanzó una mirada fría, como el patio de un hospicio, y devolvió su interés al volante.

La Luger reposaba sobre el salpicadero, oculta por unos guantes de gamuza.

—¿Qué te pasa, te pone nervioso hablar cuando conduces?

—...

—No pareces uno de esos maniáticos sexuales. Después de todo, mi palmito no es nada del otro jueves.

Vi cómo se le endurecieron los músculos faciales; las manos se

aferraron con más fuerza al volante.

—¡Cierra la boca! —gritó al fin.

—Imagina que abro la portezuela con mi mano libre... —empecé a decir.

—Adelante —respondió con voz silbante, mientras su mano caía sobre los guantes de gamuza.

—Está bien, está bien... Aclárame al menos esta duda: ¿Eres medio blanco, o medio negro?

La respuesta no se hizo esperar. Vino en forma de mano cerrada y tan contundente como una coz. Noté que la sangre manaba de mi labio partido, discurría hasta la barbilla y se deslizaba por el cuello.

Nos detuvimos en un paso de peatones. A poca distancia de nosotros lo hizo un coche patrulla. El agente que iba junto al chófer posó distraídamente la mirada sobre nosotros.

El blanco negro, o negro blanco, volvió a acariciar la Luger a través de los guantes de gamuza. Al tiempo le oí mascullar:

—Si atraes la atención de éstos, la primera bala será para ti.

En cuanto el semáforo nos dio paso el Chevrolet se alejó del coche patrulla, discretamente. Pronto lo perdimos de vista.

Piel canela se las ingeniaba para eludir las calles de mayor tráfico. Y observé algo todavía más alarmante. Si no cambiamos de dirección de un momento a otro, pronto estaríamos a cuatro pasos del muelle.

La niebla procedente del mar comenzaba a dificultar el tráfico.

Diez minutos después pasábamos junto a unas grúas enormes. Oscuridad, silencio, nula vigilancia y cientos de rincones apropiados para desvalijarme. Pero no, aquel sujeto no se había tomado tantas molestias para apropiarse de un puñado de dólares, y como yo no le había visto en mi vida, estaba claro que se trataba de «un trabajo de encargo».

Cada noche, de treinta a cuarenta fiambres son encontrados, flotando en las aguas, cosidos a balazos, vapuleados de lo lindo, atropellados por un misterioso vehículo, con más heroína en las venas de la que han podido soportar, ahorcados con su propio cinturón... Y yo llevaba

camino de convertirme en uno de esos cadáveres anónimos, que terminan abiertos en canal, sobre una mesa de mármol. Perspectiva nada risueña.

El tipo café con leche condujo el vehículo hasta el interior de una gran nave medio derruida. No apagó los faros cuando nos detuvimos.

Desde mi posición pude ver algunas columnas de hierro y restos de claraboya por el suelo.

El tipo de piel tostada abrió la portezuela, cogió la Luger y salió. Lo observé sacar algo del bolsillo de la cazadora y enroscarlo en torno al cañón.

Nadie coloca el silenciador en un arma si no es para utilizarla inmediatamente.

Intenté dar un salto y agarrarlo con mi brazo libre, pero sólo sirvió para que la esposa que sujetaba el otro brazo se clavase en mi muñeca. Caí sobre el asiento delantero. Mi mano tropezó con algo, un objeto cilíndrico que palpé disimuladamente. Comprendí que se trataba de un pequeño extintor instalado bajo el asiento del chófer.

—Me gustaría saber antes, quién te paga por esto —dije por arañar unos segundos.

Oí su risa silbante y pensé que era mi oportunidad; mi última oportunidad. Alcé el brazo cuanto pude y lancé a sus ojos un fuerte chorro de líquido.

Disparó sin ver, por lo menos tres veces, donde había estado mi cabeza segundos antes. Con mi brazo izquierdo unido al asiento tuve que situarme de espaldas al volante, pero pude accionar el contacto y apretar con el talón el pedal del acelerador.

El coche salió despedido, yo di con mis narices en el respaldo del asiento, pero no aparté el pie del acelerador. El Chevrolet fue sin gobierno durante un tiempo imposible de precisar, pero dudo fuera superior a un par de minutos. Finalmente fui a chocar con algo que produjo ruido metálico. Se encendieron unas luces. Oí algunas voces pronunciadas en un idioma extraño. De entre toda aquella jerga sólo entendí la palabra «Policía».

Después de recorrer veinte o treinta yardas el Chevrolet había colisionado con la escalerilla de acceso a un carguero griego.

Poco después me encontraba en la comisaría más próxima. Me habían servido un dedo de whisky, para confortarme, según dijeron. Cuando pedí un poco más me respondieron que aquello era la Comisaría 46, y no una cantina.

Se plantó frente a mí un individuo calvo, como una bola de billar, estaba en mangas de camisa y lucía una corbata horrible. No sé quién lo había llamado, teniente McBride.

—¿Cuando describe a su atacante como de piel café con leche, se refiere a que era mestizo?

—Eso me pareció.

—Es algo, pero no mucho, que digamos... Venga conmigo, voy a proporcionarle un poco de distracción.

Fui conducido a un recinto pequeño, donde había una pantalla, también pequeña. Me hicieron sentar junto a un proyector de diapositivas.

—Fred —dijo McBride a un tipo que hacía lo indecible por parecer atareado—, pásale cuanto tengas sobre mestizos.

—Aquí tenemos —dijo Fred—, desde el crío dedicado a «limpiar» cepillos hasta el experto que abre cajas blindadas como si fueran las puertas de un retrete público. ¿Qué edad tiene el tipo que le interesa?

—Entre veinticinco y treinta años.

Fred se dirigió a su armario. McBride nos dejó solos después de advertir que estaría en su despacho.

Cuatro horas más tarde, luego de fumarnos casi un cartón de cigarros, Fred y yo nos dirigimos al despacho del jefe.

McBride tenía los codos sobre la mesa y la cabeza entre ambas manos, los ojos cerrados y la boca abierta y ligeramente torcida. Dormía como un bendito.

Fred me miró aterrado cuando me vio levantar una de las sillas hasta cierta altura para dejarla caer a continuación.

McBride se levantó de un brinco. Faltó poco para que resbalase de su sillón giratorio.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos al pollo, jefe —se apresuró a decir Fred—. Se trata de Donald Mason, un viejo amigo de casa. Comenzó de chulo, más tarde atracó una gasolinera, luego un supermercado, y terminó por probar suerte en una joyería. Ahí lo pescamos. Ha pasado media vida entre rejas... Por lo visto ahora se dedica a desplumar panolis. Ya sabe, pesca un incauto, le da un paseo por el muelle, lo desvalija, y amenaza con cargárselo si acude a dar el soplo... En la mayoría de los casos nadie acude a presentar denuncia.

Yo estaba por jurar que el tal Donald Mason no buscaba mi dinero, ni estaba pensando darme un susto cuando colocaba el silenciador en la Luger, pero preferí aceptar las explicaciones de Fred, lo contrario me hubiese obligado también a ser más explícito.

Cuando firmaba la denuncia entró un agente.

—Tal como suponíamos, el coche es robado y la matrícula falsa —dijo.

—Sabemos quién es, no tardará en caer —respondió McBride.

* * *

Primero me habían involucrado en un asesinato, luego el intento de Donald Mason de agujerearme el pellejo. Me propuse no dar más palos de ciego y echar mano de Jack Sullivan.

Jack era sargento-detective de Homicidios. Cuando nos conocimos era detective a secas. Tenía entre manos un caso peliagudo, por extraña casualidad yo sabía algo que podía facilitarle las cosas y se lo soplé al oído.

De vez en cuando tomábamos alguna copa juntos y hablábamos como dos ancianos decrepitos, de los «buenos tiempos», como si de verdad, los tiempos hubieran sido buenos alguna vez.

Lo llamé por teléfono, y después de los saludos de rigor, fui al asunto, mediante una pequeña operación de tanteo.

—He leído en la prensa lo del chico de los Standley y el revuelo armado por el padre.

No os habréis aburrido estos días.

—¡Ah! Sí... Se ocuparon de eso los de la 46. McBride, concretamente. No recuerdo si te he hablado de él alguna vez. Un tipo eficiente, pero

a la antigua, de los que opinaban que el cerebro se desgasta si se emplea demasiado. Ya me entiendes...

«Se diga lo que se diga, el mundo es un pañuelo», pensé.

—Oye, ¿y si te dijera que estoy contratado por el propio William Standley?

Jack tardó algunos segundos en responder.

—Me parece que voy captando onda. El viejo sigue pensando que lo de su hijo no fue suicidio, te ha encargado el asunto y tú me has llamado para ver qué puedo decirte al respecto.

—¡Ajá! Jack, eres un lince. Me conformaría con una o dos direcciones y algunos datos adicionales, como resultado de laboratorio, informe del forense, y cosas así.

—¿Nada más? A lo mejor has olvidado cuántos millones de habitantes tiene esta ciudad, y cuántas comisarías hay, y en cuántos departamentos está el espacio de barrio a cubrir por cada comisaría, y cuántos policías...

—No olvides contar a las señoras de los lavabos —interrumpí.

—Lo que intento decirte es que hay cientos de nuevos casos cada día. Y por si fuera poco, yo estoy en otro departamento...

—En resumidas cuentas —volví a interrumpir—, no tienes ni puñetera idea sobre el caso del joven Standley.

—Así es.

—Pero tú has hablado de un tal McBride y la 46, eso no está tan lejos de tu demarcación. Se trata de llegarte al archivo y echarle un vistazo al dossier.

—Así de fácil, ¿eh? Está bien, voy a intentarlo, pero quede claro que no te prometo nada.

CAPITULO V

Encontré a Jack ocupado en mordisquear la aceituna del segundo vermut.

—¿Qué has averiguado?

—Chico, sé que estoy en deuda contigo, pero no me pidas más encarguitos como éste.

Comprendo lo que deben sentir esos espías que trabajan para Oriente y Occidente al mismo tiempo.

—No seas majadero, aquí sólo hay un bando. La única diferencia consiste en que yo no llevo una placa de latón en el bolsillo, ni disfruto de sueldo fijo.

—Dudo que McBride opine de ese modo.

—¿Has hablado con él?

—¡Claro que no! He conseguido hojear el dossier. y ¿sabes una cosa? He visto multas de tráfico con más información.

Jack sacó de alguna parte un papel arrugado, lleno de anotaciones.

—Aquí tienes el nombre del empleado de una librería que fue visto en el entierro del joven Standley, llorando a moco tendido, y el de una viuda que ocupa el apartamento de enfrente... La dirección es Bartholdi Street 196. El arma de marras es una Beretta, calibre 7.65, algo poco visto por estos lares... El chico tenía un porcentaje mínimo de alcohol diluido en la sangre, había comido unas tres horas antes de su muerte... Por cierto, un buen menú: Sopa de pescado «cioppino», y mariscos en salsa verde. Todo muy afrodisíaco...

—¿Eso de afrodisíaco también lo dice el informe? —pregunté recordando cierto menú de Eros Island.

—¿Cómo quieres que eso lo diga el informe de un forense? Es lo que siempre se dice de los mariscos, ¿no?

—Bueno, ¿y qué más?

—Poca cosa más. Se encontraron cabellos rubios en su ropa, sobre la alfombra, y dispersos en un montón de sitios más. Cabellos muertos...

—¿Qué significa eso de cabellos muertos?

—Pues cabellos de peluca, sin raíz... ¡Ah!, se me olvidaba: De acuerdo con la rigidez del cadáver, el chico debió morir seis o siete horas antes de ser encontrado.

—Eres un buen amigo. Si fuera tu jefe te subiría el sueldo.

—¡Qué cara tienes! ¿Cuándo te encargaron el trabajito?

—Hace tres días. ¿Por...?

—Si aceptas un consejo, déjalo correr unos días más, luego le cuentas al cliente la versión oficial, que sin duda es la verdadera, y te embolsas la minuta. Este caso no tiene vuelta de hoja.

Estuve a punto de contradecir al bueno de Jack Sullivan, pero eso hubiera supuesto tener que contarle más de lo necesario.

—¿Otro vermut?

—No, sería el tercero, y necesito estar sereno. Dentro de una hora me las tengo que ver con el jefe. La última vez que hablé con «su señoría» me amenazó con mandarme a Tráfico.

—¿Has metido entre rejas al hijo del gobernador?

—Nada de eso. Hace días se presentó en Jefatura la propietaria de unos apartamentos de lujo, situados en lo más florido de Washington Street, asegurando que había encontrado a una muchacha muerta en uno de ellos. Tenías que haberla visto. Su aliento olía a whisky de a dólar el galón; iba pintada como una vicetiple de tercera fila. Desde el primer momento sospeché que no estaba en sus cabales. Fui con un par de muchachos y no encontramos a la chica por ninguna parte, ni muerta ni viva. Ni señales de lucha, ni manchas de sangre, ni siquiera algún desorden... Cuando ya nos íbamos, se puso a gritar como una loca en mitad de la escalera, obligándonos a subir otra vez. Entonces nos vino con el cuento de que faltaba una cortina de la ventana, y estaba segura de haberla visto allí el día anterior. Ya puedes imaginarte adónde la mandé... Lo peor es que le faltó tiempo para irle al jefe con el cuento.

—¿Y el jefe la creyó?

—El jefe lo que quiere es que encuentre a la chica a toda costa. Viva o cortada a trocitos, eso le da igual. La buena señora se pasa todo el

santo día llamando por teléfono.

No cesa de repetir, una y otra vez. que si la chica no regresa a por sus cosas es porque está muerta. Incluso asegura que alguien utilizó la cortina para llevarse el cadáver.

—¡Qué imaginación!

—Lo malo es que llevo dos semanas con esto y estoy como al principio.

—Tómalo con calma, Jack. Por lo que he oído los de Tráfico son los niños mimados del jerifalato. Lo único que debes procurar es no meterte con los peces gordos.

—Sí, ríete, ríete...

* * *

Ponía toda su alma en aparentar que leía el periódico, mientras descansaba su canija humanidad junto a la puerta de cristal opaco de mi oficina. Era Fred, el ayudante de McBride.

—El jefe quiere verte.

—¿Para qué?

—No me lo ha dicho.

No fuimos a la Comisaría 46. El coche aparcó justo a la entrada de los sótanos del Roosevelt Hospital, donde estaba el depósito.

McBride me recibió con cara de perro de presa. Estuve a punto de preguntarle si aquella gran sala de azulejos blancos era su nuevo despacho, pero no me atreví.

Un hombre de bata blanca con un cigarro de medio dólar entre los dientes, tiró de un largo cajón metálico. Las cuatro paredes del recinto estaban cubiertas de cajones como aquél, eran como grandes archivadores de algo más de dos yardas de longitud, especialmente diseñados para cuerpos humanos.

El de la bata blanca tiró de la sábana que cubría el cadáver. La ceniza del cigarro cayó dispersa sobre lo que quedaba de Donald Mason. Conté más de una docena de pequeños orificios ligera mente amoratados, esparcidos por vientre, tórax y cuello. Sin duda producidos por una ráfaga de ametralladora.

—¿Es el tipo que intentó agredirle?

—Era.

—Fred ha descubierto una placa en su puerta donde dice que es usted detective, ¿por qué no me lo dijo?

—Usted no me lo preguntó.

—Su obligación era decírmelo, y usted lo sabe muy bien. A menos que sea usted el artífice de esto...

—No es mi estilo.

—Una cosa es segura; si Donald intentó acabar con usted fue por encargo de otro, él era sólo un rufián de tercera fila. Y ese otro, no parece ser de los que dan una segunda oportunidad a los que fracasan. Se ha cargado a Donald, y creo saber quién es el próximo de la lista...

—Vamos, vamos, teniente. Está tratando de decirme que Donald ha sido asesinado, pero ¿cómo puede estar tan seguro? Se le pudo disparar el arma cuando la limpiaba. A veces ocurren cosas así.

El de la bata blanca dejó escapar una risita que acabó en tos y nuevo espolvoreo de ceniza.

Por un momento pensé que McBride se iba a lanzar sobre mí.

—Hágame un favor, Monroe. Procure no dejarse ver por esta zona. Si sufre un

«accidente» parecido al de Donald me gustaría que el asunto cayese en otras manos. Yo prefiero recordarlo tal como lo estoy viendo ahora: Optimista, chistoso, lleno de vida...

Poco a poco el tono de su voz se convirtió en paternal.

—Piénselo despacio, cuénteles a papaito en qué berenjenal anda metido. Lo suyo son los cobros a morosos, recuperar el caniche de alguna vieja cacatúa, o husmear en las infidelidades conyugales de la gente... Esto rebasa su capacidad.

—McBride —respondí—, espero que tenga influencia en las altas esferas, la va a necesitar.

Comprendí por qué la señora Harper lo había comparado a los pedigüños de la ciudad.

Le dije quién era yo y le pedí que me hablase de Michael.

—A! dueño de esto no le gusta verme pegar la hebra con nadie que no venga a comprar.

—Está bien. Búscame una edición del Kamasutra con fotografías explicativas, o algo parecido. ¿Qué clase de libros compraba Michael?

—Sobre caballos; no compraba otros.

—¿Por qué crees que lo haría?

—¿Hacer qué?

—Suicidarse.

—¡Qué le importa! ¡Qué le importa a nadie! Era su vida, ¿no?

—A su padre sí le importa.

Lo vi encogerse de hombros.

—¿Y qué? —dijo al fin mientras se ponía de puntillas para llegar hasta el último estante y coger un libro. La manga de aquella especie de blusón hindú que cubría su esqueleto, discurrió por el brazo. A la altura de la articulación vi un hematoma producido por multitud de pequeños pinchazos.

—¿Nunca te habló de sus cosas? —preguntó.

—¿Por qué iba a hacerlo? Para él yo era simplemente el empleado de una librería. A veces le llevaba algún libro que había encargado, y nada más.

—¿Vas al entierro de todos los clientes de la librería?

No pareció gustarle que yo estuviera al corriente de ese detalle.

—Yo no sabía quién era. lo leí en la prensa... Fui por curiosidad, y no fui el único. Había una chica. Se me acercó cuando salía del cementerio; me trajo hasta aquí en su coche. Se pasó el tiempo haciendo preguntas. Quién era yo, cuál era mi relación con Michael, y cosas así. Cuando se lo conté pareció decepcionada... Seguramente pensó que yo iba a poder aclararle algunas dudas... Algo parecido a

usted.

—¿Y tú, qué pudiste averiguar de ella?

—Su nombre. Bárbara Miller.

—¿No has vuelto a verla?

—No.

—¿Cómo era?

—Rubia, estatura media, ojos azules, unos dieciocho años.

—¿Estás seguro de no haberla visto nunca en el apartamento de Michael?

—Ya le he dicho que no. No tengo el Kamasutra que me pide, pero este otro no tiene desperdicio. Explica todo lo que hay que saber sobre enfermedades venéreas. Sólo cuesta dos dólares veinticinco.

—Puedo ampliarlo hasta cincuenta, si me dices por qué fuiste al entierro.

—¿Otra vez? Sentía curiosidad, ya se lo he dicho.

—Tú dejaste de sentir curiosidad mucho antes de perder los primeros dientes. Te diré lo que creo: Michael tenía el bolsillo dispuesto para todo el que venía a sablearlo. Tú te presentabas de vez en cuando con un nuevo libro bajo el brazo, le hablabas de tu problema, y el chico te pagaba el ejemplar como si fuera un papiro egipcio. Su muerte supuso para ti una sequía de dólares que necesitabas reponer a toda costa. Te dejaste ver en el entierro soltando lágrimas de cocodrilo, pero no tuviste suerte. El padre de Michael, el único que podía conmoverse con tus pucheros, ni siquiera debió reparar en ti.

—¿Y cuál es ese problema que yo tengo, si puede saberse? —preguntó con cierto temblor de voz.

—He visto tu brazo.

Creo que me miró como si tuviera ante sí a un miembro de la Brigada Antidroga.

—¿Cómo ha llegado hasta mí?

—Tranquilízate, sólo me interesa Michael. De lo que hablemos aquí

los de Antidroga no tiene por qué enterarse.

No sé qué le convenció más, si mi promesa, o la necesidad de obtener los cincuenta dólares.

—Es cierto, Michael me largaba algunos billetes. También él me vio las «picaduras»

del brazo. Voy a serle franco: La última vez, días antes de su muerte, lo encontré alterado. Verme y llorar como un crío fue todo una. Hablaba y gimoteaba a la vez.

Comprendí a duras penas que había tenido una visita... Yo no estaba para consolar a nadie, necesitaba dinero urgentemente, ya sabe para qué. Le entregué el libro y le pedí que me pagase. «Cógelo, cógelo y vete», me dijo. El dinero estaba encima de la mesa, así que me serví a mis anchas. Cogí varios billetes, entre ellos dos o tres de veinticinco dólares y salí corriendo... Luego me enteré de su muerte. Puede creermelo o no, me importa poco, pero sentí haberme llevado aquel dinero... Creo que por eso fui al entierro.

Le apoquiné los cincuenta pavos prometidos y le pedí que devolviese el libro sobre enfermedades venéreas al estante.

CAPÍTULO VI

Pasé varias horas llamando por teléfono. Según la guía, en la ciudad habían más de trescientas personas apellidadas Miller. Alrededor de cuarenta familias tenían una hija de unos dieciocho años, llamada Bárbara, de las cuales más de veinte eran rubias, dieciséis, además, tenían los ojos azules... Al fin di con una que había conocido a Michael Standley.

Le pregunté si sabía de algún lugar donde pudiéramos celebrar una entrevista.

Después de la pausa lógica, debida a unos momentos de meditación, respondió:

—¿Conoce una hamburguesería llamada Big-Boy, está cerca del Parque de Atracciones?

—No, pero daré con ella.

—Estaré ahí alrededor de las diez. Pregunte por mí a cualquiera de las camareras.

En Big-Boy no cabía un alfiler. La atendían camareras sonrientes, que vestían minifalda, suéter ceñido y una cofia amarilla con el nombre del establecimiento bordado en rojo.

Al descubrir que allí nadie había cumplido los veinte años, me sentí como un boy scout, perdido en pleno bosque con la brújula estropeada.

Efectivamente. Bárbara Miller era rubia, y tenía los ojos tan azules como los lagos suizos de las tarjetas. Me esperaba junto a la barra, frente a un enorme vaso de naranjada.

Como no servían bebidas alcohólicas, tuve que conformarme con un triste café.

—¿De verdad es usted detective privado?

—Así es.

—Eso quiere decir que el señor Standley sigue pensando que Michael no se suicidó.

—¿Y usted, no opina lo mismo?

—Las razones que empujan al suicidio a una persona suelen ser incomprensibles para los demás. Michael era extremadamente sensible y vulnerable. Nunca estaba seguro de nada, y menos de sí mismo. Las personas así son siempre imprevisibles...

—Por lo que sé, sólo habían dos jóvenes en su entierro, usted y ese muchacho, dependiente de la librería. ¿Es que no tenía amigos?

—No. El mismo me lo confesó en cierta ocasión. Y ese librero; debe ser él quien le ha hablado de mí... Lo vi portarse en el entierro como una plañidera, y eso atrajo mi atención. Cuando supe que no tenía vehículo me brindé a llevarlo, como sabe el cementerio está bastante lejos de la ciudad. No pretendía ser amable, si lo hice fue porque quería saber quién era y de qué conocía a Michael, pero había que sacarle las palabras con sacacorchos. Estaba empleado en la librería que Michael frecuentaba. Eso fue más o menos, lo que dijo.

—Usted parece una chica resuelta, de las que no se amilanan con facilidad, y Michael por el contrario, un muchacho vulnerable. Por lo general, ésa suele ser una combinación perfecta.

—Tal vez sí —dijo, como pensando en voz alta—. ¿Sabe?, cuando nos

conocimos yo

tomé la iniciativa. Fue a la salida de Horse Park, un antiguo cuartel donde alquilan caballos por horas... Lo había visto montar algunas veces, le aseguro que era un jinete magnífico. Una tarde que llovía a cántaros lo sorprendí en medio de la carretera hecho una sopa, le dije que subiera y tuve que insistir para conseguirlo. Le gustó oírme decir que lo había visto montar y parecía un profesional. Al día siguiente fuimos juntos a Horse Park; se convirtió en mi maestro; la verdad es que aprendí mucho a su lado... La equitación era en lo único que se desenvolvía con tal seguridad.

—Sin embargo vivía solo en un apartamento, ¿no le parece contradictorio?

—A pesar de todo siempre he creído que Michael estaba deseando volver a casa.

—¿Qué se lo impedía?

Bárbara Miller bebió despaciosamente mientras pensaba.

—Nunca me lo dijo, tampoco yo me atreví a preguntárselo. Con chicos como Michael no es fácil... Quiero decir que aunque una se muera de ganas por preguntarle algo, lo más prudente es no hacerlo. Yo esperaba que él se sincerase conmigo, sobre todo después de que me presentara a su madre.

—¿Conoce a la señora Standley?

—Me llevó a su casa, su madre es una señora encantadora. Michael era su vivo retrato, no sólo en lo físico. Sus gestos, su modo de sonreír... Espíritus frágiles, fáciles de lastimar.

—¿Por qué dice eso?

—Lo pensé cuando los vi juntos.

—¿Y el señor Standley?

—No estaba. Por lo visto Michael iba cuando sabía que no iba a encontrarlo. Su madre le soltó una regañina cariñosa por ese motivo.

—¿Estaba Michael enamorado de usted?

—Jamás me lo dijo.

—Pero ¿lo estaba?

—¡Por supuesto que no! —dijo algo irritada.

Sus manos jugaron con el servilletero de papel hasta que empezó a calmarse—.

Además, no comprendo de qué le puede servir conocer ese detalle.

—Verá... No es cosa que ocurra todos los días, pero aún hay muchachos capaces de pegarse un tiro si su chica le da calabazas. ¿Se las dio usted?

Bárbara Miller volvió a perder la paciencia, pero no hizo ningún esfuerzo por serenarse.

—El interrogatorio ha terminado, papaíto. Adiós.

La vi salir de la hamburguesería pensando que me tendría presente en el apartado de los recuerdos desagradables, pero me equivoqué.

* * *

El contestador automático me tenía reservada una sorpresa. Una mujer me citaba frente a la escalinata del Museo de Historia Natural.

Llegué antes de la hora fijada, aparqué el coche lo bastante cerca para no perder de vista la escalinata y sus proximidades.

Pasado algún tiempo, descubrí a una mujer que miraba en todas direcciones con muestras de impaciencia.

Abandoné el coche y fui hasta ella.

—Creo que es usted quien me ha citado aquí, ¿me equivoco?

—Preferiría no hablar en medio de la calle —respondió.

—Tengo el coche aquí mismo, podemos sentarnos.

Era bastante más joven de lo que aparentaba a simple vista. Con ropa decente y unos cuantos bistecs entre pecho y espalda, hubiera encandilado a más de cuatro, incluso sin proponérselo.

—Bien, ¿qué es lo que tiene que decirme?

—Thomas está muerto. Dicen que se tiró por la ventana de un quinto

piso. Yo digo que lo tiraron.

—¿Quién es Thomas?

—Trabajaba en una librería. Usted habló con él por la mañana, por la tarde estaba muerto. No me diga que es casualidad porque no lo voy a creer.

—Tal vez necesitase una dosis y confundiera la ventana con la puerta del retrete, o puede que se sintiera Superman de repente. Tuve oportunidad de verle el brazo al tal Thomas.

—Es cierto que se «picaba», pero sabía controlarse. Estoy segura de que lo tiraron.

—Si está tan segura será por alguna razón que todavía no me ha dicho.

La vi mover la cabeza en sentido afirmativo.

—Thomas me habló de la entrevista que sostuvo con usted. El no le dijo toda la verdad sobre sus relaciones con ese chico, y lo cierto es que tampoco a mí. Siempre que le preguntaba sobre el particular, me decía: «Es mejor que no lo sepas.» Aquél era un modo de decirme que estaba jugando con fuego y prefería quemarse solo, si llegaba el caso. Ese muchacho, Michael, debía andar metido en algo, no sé qué, pero algo comprometido.

Thomas debió descubrir de lo que se trataba y se dedicó a sacarle partido.

—¿Sacarle partido? ¿A qué se refiere exactamente?

—Pues está claro; le hacía chantaje.

—A ver si la he entendido. ¿Según usted, Thomas estaba enterado de algo que Michael no deseaba que se supiera y lo chantajeaba?

—Exactamente.

—¿Y Michael, pagaba sin chistar?

—Desde la aparición de ese chico, Thomas no supo lo que era pasar apuros económicos. Eso es cuanto puedo decirle.

—¿Y usted piensa que alguien le ha ajustado las cuentas por eso?

—Así es. Y puede que también yo esté en la lista... Voy a desaparecer de la ciudad ahora mismo, si he venido a contárselo es porque se lo debía al pobre Thomas, siempre se portó bien conmigo...

—La historia que Thomas me contó era bastante más romántica. Según él, el chico de los Standley le daba el dinero por las buenas, graciosamente... Supongo que endilgó la misma versión a la policía, si es que les dio alguna. Por cierto, ¿piensa contárselo también

a la bofia?

—Esa pregunta no es digna de usted, ya sabe que no. Esos no moverían un dedo por aclarar la muerte de alguien como Thomas.

—Tal vez necesite ponerme en contacto con usted, podía darme una dirección o un número de teléfono. Tampoco sé cómo se llama.

—Mi nombre no le hace ninguna falta; tampoco saber más de mí. Si quiere corresponderme ponga esto en marcha y lléveme a la Estación General de Autobuses, me largo con lo puesto.

No volví a saber más de ella.

CAPITULO VII

Sonó el teléfono. Cogí el auricular al tiempo que echaba un vistazo a las saetas fosforescentes del despertador. Eran las 6,45.

—Soy Bárbara Miller, debo hablar con usted.

—¿Desde dónde ¡lama?

—Estoy en mi casa. Sé que es muy temprano, pero necesito contarle algo. ¿Puedo ir a verlo?

—Seré yo quien pase a recogerla —dije recordando lo sucedido a Thomas.

Bárbara llevaba la misma ropa del día anterior, el pelo enmarañado, y el aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche.

—He estado pensando en lo que me dijo ayer. Creo que tenía usted razón, en cierto modo soy responsable de la muerte de Michael.

—Ayer no parecía opinar de ese modo.

—Me resistía a aceptar el hecho, por eso lo dejé plantado. Michael era

un chico nada experimentado... No sé si comprende a lo que me refiero.

—¿Al trato con las chicas?

Bárbara asintió en silencio.

—¿Sabe usted?, le sentía temblar cuando me rozaba una mano. Yo nunca había visto un chico así. Sé que corro el riesgo de ser tomada por una de esas... Pero debe usted saberlo. Sólo pretendía ayudarle, ¿comprende? ¡Oh, estaba tan nervioso! Me tuvo entre sus brazos, pero no ocurrió nada. No pudo, ¿sabe usted? Lloraba como un niño... Me fui dejándolo más hundido y solo que nunca. Ya no volví a verlo. Ocurrió tres días antes de su muerte; desde entonces no hago más que pensar en ello.

—¿Llevaba una gabardina clara ese día? —pregunté recordando la descripción que la señora Harper había hecho sobre la visitante de Michael.

—Sí... Creo que sí.

Vacíé un poco de whisky en un vaso y se lo di a beber.

—Cálmese, beba un poco aunque le sepa a rayos. ¿Supongo que soy la primera persona a quien cuenta esto?

Bárbara Miller asintió en silencio posando en mí sus ojos azules. Luego bebió un único y corto sorbo, tosió y me devolvió el vaso con el resto del brebaje.

—¿Tiene usted familia lejos de este Estado, señorita Miller?

—Mis abuelos paternos viven en Reno. ¿Por qué me pregunta eso?

—Tengo motivos para pensar que corre usted peligro. Voy a sugerirle algo: Volvamos a su casa, ponga alguna ropa en una maleta y diga a sus padres que está deseando abrazar a los abuelos. Yo la acompañaré al aeropuerto, donde tomará el primer avión para Reno.

—¿Por qué corro peligro? ¿Quién puede querer hacerme daño? Debiera ser usted más explícito conmigo, señor Monroe.

—El librero a quien usted trató de sonsacar estaba en el secreto de algo que, Michael, temía fuera divulgado y se aprovechó de ello, haciéndole chantaje. Quizá usted sepa algo sobre la identidad de ese

secreto.

El rostro de Bárbara Miller se iluminó por el asombro y quizá un poco por el whisky.

—Es la primera vez que oigo hablar de eso. ¿Por qué no le pregunta al librero?

—Al parecer, se ha caído desde un quinto piso, nadie sabe cómo.

—¡Dios mío! ¿Quiere decir...?

—Debe usted seguir mi consejo, me desenvolveré con más libertad de acción cuando la sepa a salvo. Y deje de sentirse culpable, a Michael Standley lo asesinaron.

Cuando la grácil figura de Bárbara Miller desapareció por el hueco de la portezuela de un Boeing 707, me sentí aliviado.

* * *

Si entonces no me hubiera detenido a encender un pitillo, no habría visto reflejado en la luna del escaparate de una confitería, aquel Ford negro, ni tampoco asomar por la ventanilla del chófer, algo demasiado parecido a una metralleta, ahora no podría contarlo.

Instintivamente me dejé caer. No había llegado al suelo cuando oí el repiqueteo del arma, el silbido de las balas y ruido de cristales rotos.

Todo transcurrió en un espacio de tiempo tan corto que apenas debió rebasar algunos segundos. Luego se confundieron los gritos de alguna histérica con los chirridos del Ford, alejándose a toda velocidad.

Me incorporé cuando aparecía el propietario del establecimiento y la autora de los gritos me miraba como a un resucitado.

El suelo era una alfombra de cristales. En la puerta, que era de madera, habían varias balas incrustadas. Me serví del raspador del cortauñas para extraerlas, no fue demasiado difícil.

—Por lo visto hay algunos descontentos entre su clientela —dije al propietario.

La sirena del coche patrulla que se aproximaba me impidió oír la respuesta. Preferí largarme.

Entré en un establecimiento. Compré un sobre, papel y sellos, envolví

como pude las balas con el papel, lo introduje en el sobre y escribí en él las señas de Jack Sullivan.

Luego de depositar la carta en el buzón llamé a Jack por teléfono.

—En el correo de hoy recibirás un par de balas. Necesito que los muchachos de balística te digan si esas balas y las encontradas en el cuerpo de un tal Donald Mason, proceden de la misma arma.

—¿Quién es Donald Mason y de dónde han salido esas balas? —rezongó Jack Sullivan.

—A Donald se lo cargaron hace poco. En cuanto a las balas, estaban clavadas en una puerta, no he tenido más que arrancarlas.

—No te he preguntado eso. ¿Está relacionado con lo del chico de los Standley?

—A mí también me gustaría saber eso.

—Y encima, no sueltas prenda —volvió a rezongar.

—¿Cómo te va con el jefe?

—Mal. Me veo de uniforme, y poniendo multas.

No había más que una placa con un nombre: «Residence Hotel». Y una flecha apuntando en una dirección.

Ni paredes grises, ni altas tapias, ni enfermeras con aire de legionario. Sólo un seto de adelfas y unas yardas de césped antes de llegar al edificio con aspecto de hotel de

montaña.

Frente a la fachada principal un camino asfaltado interrumpía el seto para llegar hasta la puerta de entrada. Aparentemente nadie vigilaba, pero había dos cámaras, estratégicamente situadas, para denunciar la presencia de cualquiera que pretendiese entrar o salir.

La puerta se abrió sin que fuera necesario pulsar timbre alguno.

La mujer que había seguido mis pasos por la pantalla, me recibió con sonrisa amable.

—¿En qué puedo servirle?

—Debo hablar con el señor William Standley, sé que se encuentra aquí con su esposa.

La recepcionista dejó de sonreír. Vi un dedo de uña esmaltada pulsar un botón. Se abrió una puerta y un par de energúmenos se situaron a mi espalda.

—El señor se marcha y no encuentra la puerta —dijo la mujer a la pareja.

—¿Por qué no le dicen al señor Standley que estoy aquí? Eso les evitaría tener que cambiar de empleo —dije mientras buscaba en mis bolsillos una tarjeta. La dejé caer sobre la mesa de teclados.

—Que uno de estos amables caballeros la hagan llegar al señor Standley, hágase ese favor a sí misma.

—Ve tú —dijo al que estaba a mi derecha.

El individuo que desapareció por la misma puerta que había entrado poco antes, no tardó en estar de regreso.

—Puede pasar —dijo dirigiéndose más a la recepcionista que a mí.

William Standley era un hombre alto, seco, de aspecto triste y aviejado.

—Celebro verle —dijo al estrechar mi mano—. Precisamente pensaba llamar a Robert para que le transmitiera el recado. He sabido que Michael había escrito un diario; mi esposa lo hizo desaparecer.

—¿Desaparecer?

—Desde la muerte de nuestro hijo, Elizabeth se encerraba en el cuarto del chico, allí pasaba horas y horas. Intenté hacerla comprender que eso no era nada bueno para ella, pero no me hizo caso... Allí debió encontrar el diario y leerlo. Aprovechó que el jardinero prendía fuego a la hojarasca para arrojarlo a las llamas. El jardinero asegura que la vio aproximarse a la hoguera, como sonámbula, arrancar las hojas del diario, una a una y arrojarlas al fuego. Poco después sufría el ataque.

—¿Cómo es que el jardinero ha esperado tanto tiempo para hablar?

—Al parecer no le dio mayor importancia. Esta mañana ha venido para traermé algunas cosas, y ha surgido en la conversación. Estoy seguro de que mi esposa leyó algo en ese diario que la ha dejado así.

—Algo que su hijo debió escribir hace algún tiempo, cuando vivía con ustedes.

—Sí, también yo he pensado eso...

Entró una mujer de edad imprecisa y cara bondadosa para decirle al señor Standley que su esposa se había levantado.

William Standley me pidió que lo acompañase.

No había nada en la habitación de la madre de Michael que recordase el aposento de una clínica al uso.

Entre el pelo castaño de Elizabeth Standley se ensortijaban algunas canas. A través de

la piel blanca de sus sienes, se transparentaban las venas, semejantes a finas líneas azules. Sus ojos claros, pálidos, vagaban perdidos. No parecía advertir cuanto la rodeaba.

La mujer de rostro bondadoso la ayudaba a caminar. Los pasos de la enferma eran cortos, como de autómata. No la oí pronunciar palabra alguna.

—Véala. En su mente aletargada se esconde la verdad sobre la muerte de mi hijo —dijo en voz baja el señor Standley.

La mujer había llevado a la enferma hasta la mesa para que tomase un vaso de leche.

Tuvo que coger sus manos y llevarlas al vaso, luego fue la propia señora Standley quien se llevó el vaso a los labios y bebió despaciosamente.

La asistente-enfermera dirigió hacia nosotros una mirada de enorme satisfacción.

—¿Se han dado cuenta? Ayer era yo quien debía sostener el vaso.

William Standley observó durante unos minutos a su esposa. Cuando salimos de la habitación su rostro parecía menos triste.

—¿Y usted, ha hecho algún progreso? —preguntó de repente.

—Sólo puedo decirle que hay alguien empeñado en impedir que siga investigando —

dije, no queriendo ser más explícito, por el momento—. ¿Tiene usted enemigos, señor Standley?

—Supongo que sí. Hace años tuve un golpe de fortuna y es probable que algunos no me lo perdonen jamás. Pero no son esa clase de enemigos los responsables de la muerte de mi hijo.

—¿Por qué cree usted que Michael se fue de casa, por lo que sé no era un muchacho muy independiente?

—No, no lo era, pero aun así se sentía atosigado. Lo llevábamos con nosotros a todas partes, tratando de integrarlo en nuestro mundo. Incluso le buscamos una prometida entre las hijas de nuestros conocidos. Michael se rebeló del único modo posible; huyendo de nuestro lado... Lo malo es que nunca lo enseñamos a valerse por sí mismo. A pesar de pasarle una asignación mensual nada desdeñable, vendió el coche, y el reloj de oro que le habíamos regalado por su cumpleaños meses antes. La primera vez que apareció por casa mi mujer lo recibió con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos; yo disimulé mi emoción, me mostré distante. Tal vez por eso volvió a marcharse... Fue menudeando sus visitas, sobre todo en mi ausencia. Sin embargo, en uno de nuestros raros encuentros lo encontré más delgado pero parecía contento. Nos dijo que seguía practicando la equitación. Otro día Elizabeth me dijo que se había presentado con una muchacha. «Una chica muy guapa y educada», según ella. Mi esposa me contagió su optimismo, llegué a pensar que Michael había aprendido a vivir por su cuenta... Cuando se presentó la policía para notificarnos que lo habían encontrado muerto en su propio apartamento, me negaba a creerlo.

Cuando salí de Residence Hospital, llovía copiosamente. Me sorprendió que la puerta del coche no estuviera cerrada con llave, pensé que había olvidado hacerlo. Me equivoqué.

Un fuerte golpe en la cabeza me sumió en la inconsciencia.

CAPITULO VIII

Me encontré tumbado sobre un suelo grasiento, atado de pies y manos.

La única bombilla existente, protegida por una pantalla de porcelana, proyectaba un regular círculo de luz: yo estaba dentro de ese círculo.

Vi una mesa con algunas herramientas, otras colgadas de la pared, un armario metálico, algunos neumáticos, y un Ford negro, el mismo desde el que me habían ametrallado días atrás. A la derecha, frente al Ford, una puerta formada por simples tablas verticales, unidas entre sí por otras horizontales.

Aquello tenía todas las trazas de ser un taller de reparaciones.

Afuera llovía. El agua golpeaba las tejas del techo. Recordé que también llovía cuando fui puesto fuera de combate, y me pregunté cuánto tiempo habría transcurrido desde entonces.

Oí que alguien hurgaba en la cerradura. La puerta se abrió y vi recortarse en el umbral a un tipo alto, de nariz achatada y manos como excavadoras. Rick Maldonado en persona.

—¿Qué diablos significa eso, Maldonado?

—Debiste hacerle caso al señor Bray cuando te aconsejó echar el cierre al asunto. ¡Pero, no; tenías que meter más y más las narices!

—¿Sabe Robert que estoy aquí?

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que estás encargado del trabajo más sucio y de menos porvenir. ¡Pobre Maldonado! Quienes se ocupan de eliminar gente molesta, terminan por convertirse en molestos ellos también.

—¡Calla, maldito!

Me cogió fuertemente por el cuello de la camisa, me incorporó y me dejó caer, no sin antes atizarme unos cuantos zarandeos.

—Escucha —dijo plantándose frente a mí, brazos en jarras—, no me gusta ensañarme con la gente, hago lo que tengo que hacer y listo. No me obligues a cambiar de norma contigo.

—¿Mataste tú a la chica de Eros Island?

—Tú tienes la culpa de eso.

—Supongo que vas a tratar de enmendar tu fallo del otro día. He reconocido el Ford.

También vi en qué estado dejaste a Donald Mason...

—Si hubiera cumplido con su trabajo ahora estaría vivo.

—Y yo criando malvas, o alimentando a los peces del muelle.

Rick Maldonado rió estrepitosamente.

—Cuando lo intentas hasta puedes parecer simpático —dijo trayendo un par de neumáticos hasta donde yo estaba y ayudándome a utilizarlos como asiento. Extrajo de un bolsillo un paquete de cigarrillos algo arrugado y me puso uno entre los labios.

—Paladéalo, muchacho —comentó al acercar el fósforo—, puede que no sea tu marca preferida, pero es cuanto puedo hacer por ti.

—Si además me ofrecieras un trago, serías el anfitrión perfecto.

Rick Maldonado abrió el armario metálico. Dentro no todo eran herramientas, habían varias botellas. Cogió una de whisky. Otra cayó al suelo haciéndose añicos. El escaso líquido que contenía se desparramó por el suelo, provocando en el gigante una sarta de maldiciones.

Rick aguardó paciente a que terminase de fumar. Cuando escupí la colilla la apagó con el pie. Me miró como suele mirar un jockey a su caballo favorito, cuando no tiene más remedio que sacrificarlo. Luego acercó el gollete a mis labios.

—No eres mal tipo del todo, hasta me caes bien. En serio. Pero hay momentos en que las simpatías deben dejarse a un lado.

El alcohol circuló por mi cuerpo calentándome las tripas. Fue un largo trasiego. Muy superior al necesario para coger una tajada más que considerable en condiciones normales.

Empecé a darle vueltas al problema que suponía enfrentarme a un gorila de las proporciones de Maldonado, atado de pies y manos.

—Hay algo que me gustaría saber. Maldonado: ¿Por qué razón me

contrató Robert?

—Pensé que lo habías adivinado. William Standley estaba dispuesto a contratar un detective, el señor Bray pensó que un pobre diablo, que no tiene donde caerse muerto, se ocuparía más de embolsarse la pasta y menos de resolver el asunto.

—¿Fue Robert quien mató al chico?

—Basta de preguntas, ¿qué puede importarte eso ahora?

Rick Maldonado también se echó un buen trago al colete. Luego se dirigió a un rincón del taller donde apenas llegaba la luz, regresando al poco tiempo con una pala.

Supuse para qué la quería, y no me gustó ni pizca.

Cuando el chófer-guardaespaldas abrió la puerta, lo oí soltar una maldición dirigida a la lluvia, antes de cerrar.

Sabía que no debía perder ni un segundo.

Hice bascular el cuerpo hacia un lado y me dejé caer, No pude impedir que fuera mi cabeza lo primero en dar con el suelo. Unas veces rodando sobre mi mismo, otras arrastrándome con el vientre, como una oruga sin patas, conseguí llegar sudoroso y jadeante hasta el armario metálico.

Los trozos de botella se habían extendido por el suelo. No sin dificultad logré coger uno de ellos. Comencé la trabajosa tarea de rozar el cristal con las ligaduras. En varias ocasiones me cayó el cristal al suelo y perdí una eternidad en recuperarlo. Cuando noté que las ligaduras comenzaban a aflojarse me puse a forcejear con todas mis fuerzas. Al fin lo logré. Nerviosamente, pero sin perder ni un momento, liberé los tobillos entumecidos por la falta de movimiento.

Podía sorprender a Maldonado y atizarle con una herramienta en la cabeza en cuanto abriese la puerta, pero el gigante iba armado.

Abrí la portezuela del Ford, la llave estaba en el contacto. No había ningún arma en la guantera. Tampoco encontré en el maletero más que una rueda de recambio, un gran pedazo de tela verde claro, salpicado de algunas manchas oscuras, que bien pudieran ser de sangre, y un par de gatos.

Afuera llovía con mayor intensidad que antes; esto me decidió a

convertir la lluvia en mi aliada.

Estuve pegado a la puerta, espiando por entre las rendijas del entablado, hasta que vi aproximarse la alta figura de Maldonado. Detrás de él, a escasa distancia, había un alto magnolio. Supuse que al pie, un hoyo rectangular me aguardaba.

Subí al Ford y lo puse en marcha. Contaba con la lluvia para que el ruido del motor no llegase hasta Maldonado. Cuando calculé que estaba a punto de abrir la puerta, apoyé el pie sobre el acelerador. El Ford se llevó la puerta por delante y pasó sobre el corpachón de Rick Maldonado.

Mientras me alejaba a toda velocidad haciendo estragos algunos rosales y parte de un invernadero de paredes de plástico, vi por el espejo retrovisor que Maldonado no se movía.

Fui a parar a una carretera de segundo orden. Un mojón me indicó que estaba a más de diez millas de la carretera principal.

Me detuve en la primera cabina telefónica que encontré para llamar al teniente McBride. Le dije dónde podía encontrar a un tal Rick Maldonado, malherido, o muerto.

Naturalmente, sin identificarme.

* * *

Cuando llegué a la ciudad era noche cerrada. Ya no llovía.

Maldonado se había apropiado de mi reloj, no sabía muy bien si por conservar un recuerdo mío o para maniatarme a conciencia.

Conecté la radio para conocer la hora.

Después de un poco de música y algunos anuncios, una voz de barítono anunció que iba a leer una llamada de socorro.

Se deseaba conocer el paradero de la señora Elizabeth Standley.

No dieron más explicaciones, salvo sus datos personales y que vestía un impermeable marrón.

Entré en un bar para ponerme en contacto con el padre de Michael. Todos miraron hacia la puerta como si acabase de entrar el monstruo del lago Nes. No era para menos.

Además de faltarme los botones de la camisa y parte de una pernera del pantalón, mi ropa estaba materialmente cubierta de grasa y aceite. Si algún bromista se hubiese acercado con una cerilla, lo habría pasado francamente mal.

—Hace horas que lo estoy buscando. Mi esposa... —comenzó diciendo el padre de Michael.

—Estoy enterado, lo he oído por radio. Cuando yo la he visto no parecía estar en condiciones de ir a ninguna parte.

—Sin embargo, los médicos aseguran que es totalmente lógica esta repentina vuelta a la normalidad. Lleva dinero, ha dejado su bolso sobre la cama, vacío... Y lo más curioso; ha cogido el impermeable de una empleada, suponemos que para ser confundida por ella y salir sin impedimentos.

—No hay duda, sabe lo que hace y adónde dirigirse.

—¿Tiene alguna idea?

—No estoy seguro, manténgase próximo al teléfono, volveré a ponerme en contacto con usted dentro de poco.

Tenía las piezas de un enorme rompecabezas y sólo la madre de Michael sabía cómo ordenarlos. Pero había una cosa clara; la pieza principal de ese rompecabezas era Robert Bray.

Conduje sin tener demasiado en cuenta los semáforos.

Veinte minutos más tarde estaba ante la residencia de Robert.

Pulsé el botón del timbre varias veces sin recibir contestación. No vi luz en ninguna de las ventanas.

Di la vuelta a la residencia, en la fachada posterior había un pequeño jardín y la puerta estaba abierta. El acceso a la casa pude hacerlo por una puerta acristalada que me condujo a la cocina.

Recorrí los departamentos de la casa sin descubrir a nadie.

Subí por la elegante escalera de mármol hacia las habitaciones superiores. Reconocí la de Robert por el olfato, apestaba a perfume. A pocos pasos de la puerta descubrí un pequeño y oscuro bulto en el suelo. En cuanto lo tuve en mis manos comprendí que me hallaba en el buen camino. El impermeable marrón todavía conservaba gotas de

la reciente lluvia.

Al fondo estaba el cuarto de baño. Por debajo de la puerta se filtraba un hilo de luz. Me aproximé lo más silenciosamente que pude acercando una oreja a la puerta. Sólo cuando estuve seguro de que al otro lado no se producía ningún movimiento, giré el pomo.

En el fondo de una gran bañera circular, medio oculto por un agua jabonosa, teñida de sangre, su propia sangre, se hallaba el cuerpo sin vida de Robert Bray.

Apoyada la espalda sobre la pared de azulejos, ensangrentadas sus manos y ropa, y el cuchillo de larga hoja caído a sus pies, la madre de Michael Standley contemplaba su obra.

Evidentemente, la buena estrella de Robert Bray se había eclipsado para siempre.

CAPITULO IX

La señora Elizabeth Standley se dejó llevar con docilidad hasta las dependencias inferiores, sin despegar los labios.

Llamé por teléfono al padre de Michael, le dije que había encontrado a su esposa, y dónde, pero no entré en más detalles. Me pareció mejor que lo hiciera ella misma cuando él llegara.

Posteriormente me puse en contacto con Jack Sullivan.

—Tenías razón, las balas encontradas en el cuerpo de ese Donald Mason y las que me enviaste fueron disparadas con la misma arma... Para obtener esa información me he visto en la obligación de hacerles la pelota a los chicos del laboratorio.

—¿Cuánto puedes tardar en acercarte a Pacific Avenue, a la altura del número 395, aproximadamente?

—Unos veinte minutos. ¿Por qué?

—Hazlo en menos, es urgente. Pon en marcha la sirena si es preciso. Encontrarás un Ford negro, mete las narices en el maletero, hay una tela verde algo sucia que bien pudiera ser cierta cortina... Llévala al laboratorio, veremos qué encuentran en ella. ¡Quién sabe! Puede que matemos dos pájaros de un tiro. Tendrás que hacerles la pelota un poco más a esos muchachos.

—¿Una cortina? ¿Estás seguro?

Colgué. Con lo que le había dicho no tardaría nada en ponerse en marcha.

Me puse un pantalón y una camisa de Robert y le eché un tiento a su excelente whisky escocés, él ya no iba a necesitarlo.

Un coche se detuvo frente a la puerta. Supuse que era William Standley, y cuando abrí la puerta me encontré con la calva figura del teniente McBride. Iba acompañado de Fred y otro tipo.

—¿Dónde está nuestro hombre? —dijo.

—¿Quién?

—Robert Bray —aclaró impaciente.

—En el baño. Es arriba —dije indicando la escalera.

McBride hizo una seña a sus dos hombres y subieron los tres. Ninguno de ellos advirtió a la señora Standley, materialmente hundida en uno de los sillones de la gran sala.

No tardaron ni dos minutos en descender atropelladamente. McBride estaba roja de cólera.

—¿Quién lo ha hecho?

—¿Hacer, qué?

—Monroe, estoy a punto de perder la paciencia. Rick Maldonado habló antes de espicharla. Usted le aplastó los pulmones con el coche... De eso hablaremos más tarde.

Bien; por lo visto alguien se ha decidido por la vía rápida cargándose a Bray, ¿quién?

—He sido yo. teniente.

Todos nos volvimos para ver a Elizabeth Stand ley avanzar hacia nosotros y situarse frente a los policías.

* * *

Jack Sullivan me llamó por teléfono horas después.

—Efectivamente diste en la diana. Pat. Esa tela era la cortina de marras, las manchas eran de sangre, del mismo grupo que la del chico. También habían algunos cabellos rubios, de peluca, como los encontrados en la calle Bertholdi... Claro que esto último no significa nada, ya te hablé de ello, ¿recuerdas? El cabello de peluca no tiene raíz, es impersonal. Cada peluca está compuesta por cabellos de varias mujeres; asiáticas de Hong-Kong, la mayor parte... Pero hay más: He proporcionado a los expertos en fotos robot una fotografía de Michael Standley; le han colocado una melena rubia y se la he mostrado a la dueña de los apartamentos de Washington Street.

—¿La que se pasa el tiempo telefoneando a tu jefe?

—La misma. Asegura que es la chica muerta; está dispuesta a jurarlo. ¿Qué te parece?

—Tal como te dije, hemos matado dos pájaros de un tiro.

McBride entró en mi oficina sin llamar y cerró dando un portazo. Fue un milagro que el cristal esmerilado de la puerta no saltase en mil pedazos.

Se sentó sin quitarse el sombrero ni sacar las manos de los bolsillos de la gabardina.

Se rumoreaba por ahí que el fiscal del distrito le había prometido un puesto de vigilante en los muelles, si el Departamento volvía a «lucirse» por su causa.

Yo había preparado las cosas para que la reunión fuese agradable. Sobre mi mesa reposaban tres vasos limpios, soda, y una botella de White Horse.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó McBride, observando los vasos.

—Supongo que a mí —dijo Jack Sullivan que acababa de abrir la puerta.

El teniente recibió la aparición de Jack con mirada de sorpresa y recelo.

—Creo que se conocen —comenté.

—Usted me habló de una entrevista privada, ¿qué tiene él que ver en este asunto? —

rezongó McBride.

—¿Soda? —pregunté disponiéndome a servir. Ambos dijeron que no —. Teniente, tranquilícese, Jack es indispensable para recomponer este jeroglífico. Además, él también es parte interesada... ¿Qué le contó Rick Maldonado antes de morir?

McBride sacó ambas manos de los bolsillos, se descubrió, dejando el sombrero sobre el asiento vecino y cogió el vaso que yo le ofrecía.

Antes de soltar prenda se remojó el gaznate con un soberbio trago, desbaratando algunas leyendas sobre policías que no beben estando de servicio.

—Rick Maldonado era un perro fiel que cuidaba de la seguridad de su amo. Robert Bray había dado muerte al chico de los Standley, con

quien mantenía relaciones íntimas desde

hacía tiempo; Rick le ayudó a encubrir el crimen, haciéndolo pasar por suicidio... ¡Y bien que me la jugó, el hijo de perra! Cuando Rick Maldonado empezó a sospechar que usted, Monroe, se acercaba al buen camino, pagó a Donald Mason para que lo borrara del mapa. Donald fracasó y Rick se lo hizo pagar caro. También se cargó al dependiente de una librería, aunque no aclaró por qué... Decidió ocuparse personalmente de usted; en eso no anduve descaminado, Monroe, recuerde que se lo advertí en el depósito... Eso es todo. Maldonado no pudo decir más, espichó en la ambulancia.

—Esa relación íntima entre Robert y Michael Standley motivó que el chico abandonase el hogar paterno —comencé—. Ni Robert, ni Michael deseaban un escándalo como el que se produciría si el asunto hubiese trascendido. Michael se trasladó al apartamento de la calle Bartholdi, pero allí nunca puso los pies Robert Bray; para sus cuitas utilizaron otro apartamento, situado en pleno Washington Street, allí nadie se preocupa gran cosa por lo que hace el vecino. Pero no hay que olvidar que el chico era un pardillo en muchos aspectos. Tuvo la desgracia de tropezar con ese librero, quien lo caló bien pronto. Thomas, el librero, se «picaba», lo cual significa que necesitaba pasta fresca a diario, y no le fue difícil encontrar el medio de obtenerla de Michael.

—Ya veo cómo. Amenazando al chico con ir a sus viejos y contarles de sus devaneos con Robert Bray —apuntó McBride.

—Ciertamente. Sangró al muchacho a conciencia. El coche, el reloj de oro, lo mejor de su vestuario... Todo fue a parar poco a poco a sus manos, convertido en dólares. Lo mismo que la mayor parte de la asignación que Michael recibía mensualmente.

—¿Y Robert no hizo nada por acabar con ese chantaje? —preguntó el teniente McBride.

—No estaba enterado. Esa debía ser parte de la amenaza de Thomas, sin duda el librero prefería exprimir sólo al chico, Robert era un tipo importante y podía resultar peligroso intentarlo con él. Como sabemos, fue Rick Maldonado quien se encargó de ajustarle las cuentas. Rick me seguía los pasos, ignoraba la existencia de Thomas, pero me vio hablar con él y decidió averiguar el tema de nuestra charla. Por lo visto, le apretó las clavijas a conciencia y el librero le confesó la verdad, cosa que antes no había hecho conmigo. Me enteré por la amiguita de Thomas cuando estaba a punto de abandonar la

ciudad; tenía miedo de acabar como él... En el apartamento donde Robert y Michael se reunían, el chico realizaba con su aspecto una metamorfosis completa, vistiendo como lo haría una jovencita ligera de cascos, liada con un tipo de mucha pasta. Seguramente frecuentaban de este modo, como una pareja más, algunos locales poco concurridos de la ciudad. Y así es como debían estar las cosas entre ellos cuando hizo su aparición Bárbara Miller. Michael era un entusiasta de la equitación y frecuentaba Horse Park; allí fue donde la conoció y pronto se hicieron buenos amigos.

—¿Cómo es eso? Yo siempre he oído decir que pan con pan es comida de tontos —dijo Jack socarrón.

El teniente lo miró como si le acabase de pisar un uñero, pero no abrió la boca.

—A pesar de lo que puedas creer, la chica debió ejercer cierta influencia en Michael y hacerlo reflexionar sobre sus relaciones con Robert —apunté sin mencionar la confidencia, enorme mente reveladora, que Bárbara me hizo en nuestra segunda entrevista—. lo que nunca sabremos con seguridad es si existió algún cambio en el

comportamiento del muchacho... La señora Harper, vecina de Michael en el apartamento de la calle Bartholdi, encontró una nota entre las páginas de un libro que éste había regalado a un crío suyo. Por su letra desigual y presurosa, tenía las trazas de ser uno de esos recados telefónicos que se es criben en cualquier parte. Michael había aprovechado un pedazo de hoja de periódico para escribir la dirección de Eros Island. Supongo que conocéis el lugar.

—¡Maldita sea! —exclamó McBride—, Yo interrogué personalmente a esa mujer y no mencionó esa nota para nada.

—Entonces ignoraba que existiera, la encontró más tarde.

—Hum... Ya veo. Todo parece haber ido en mi contra —gruñó el teniente.

—¡Un momento, Pat! —saltó Jack, como asaltado por una idea repentina—, ¿Estás tratando de decirnos que Robert Bray se presentó en Eros Island, con el chico vestido de jovencita?

—Así es. Y fue tomado por jovencita incluso por una de las animadoras del local. Le mostré una fotografía; en ella estaban los Standley al completo, es decir, Michael con sus padres, y el propio Robert. La animadora identificó a Robert como al acompañante de la

chica que provocó un incidente en el night club, sin advertir ningún parecido entre la jovencita de larga peluca rubia y el muchacho de la foto. Por entonces Rick Maldonado ya andaba tras mis pasos y acabó con la animadora. Fue su primer asesinato en este asunto.

No puede decirse que Maldonado haya permanecido ocioso últimamente.

—¡Dios! ¿Otra muerte? —se le escapó a McBride.

—Sí. Deberá atar corto a los tipos que cuidan del orden en Eros, si quiere saber dónde la enterraron.

—Haré algo más que eso; los meteré entre rejas. El encubrimiento es un delito... Pero prosiga, Monroe.

—La animadora en cuestión se dedicaba a mariposear por entre las mesas, luciendo sus encantos pectorales, mientras realizaba las caricaturas de las muñecas de turno. Esto puso nervioso a Michael, montó el numerito de niña histérica y Robert tuvo que sacarlo de allí rápidamente. Más tarde, en el apartamento debieron discutir. Puede que entonces el chico sí le hablase de Bárbara Miller. En el transcurso de la discusión Robert esgrimió un arma; una Beretta, calibre 7.65. Muy apropiada para tipos como él, presta para ser utilizada en cualquier emergencia, y disparó a la cabeza del muchacho... Probablemente estaba fuera de sí; me inclino a pensar que no era su intención llegar tan lejos... Debió huir asustado y llamar a Rick desde una cabina telefónica. Maldonado se presentó tan de prisa como pudo. Fue al apartamento, recogió la Beretta, borró posibles huellas y envolvió el cadáver con una cortina, lo cargó en el maletero de su Ford y lo trasladó al apartamento de la calle Bertholdi. Allí lo vistió con ropa de hombre; en el transcurso de esa operación la peluca perdió bastante pelo; se descubrieron cabellos rubios por todas partes, incluso en la cortina. Luego hizo desaparecer las ropas femeninas, pero no la cortina, por lo visto no le pareció peligroso conservarla. Limpió el arma y marcó las huellas del chico sobre su empuñadura, el cuerpo aún debía estar lo bastante tibio...

—Y mientras todo esto ocurría, una mujer vestida estrafalariamente, excesivamente pintada y oliendo a whisky barato, aseguraba haber descubierto el cadáver de una muchacha en uno de sus apartamentos, y yo no sabía si tomarla por borracha, o por

deficiente mental —interrumpió Jack Sullivan.

—Justamente, Jack. Esa mujer tuvo que descubrir el cadáver de

Michael vestido de chica, durante el tiempo transcurrido entre la huida de Robert Bray y la aparición de Rick Maldonado.

—Veo que no he sido el único en meter la pata en este maldito asunto —dijo McBride, sin poder ocultar su satisfacción.

—Despacio, amigo —repuso Jack, picado en su amor propio—. Yo, al menos, no he confundido un asesinato con un suicidio.

McBride se tragó aquella respuesta con el último sorbo de whisky.

—Por cierto, Monroe —dijo McBride transcurrido algún tiempo—. ¿Cómo ha sabido que el arma era una Beretta 7.65; y lo de los cabellos rubios encontrados en el apartamento de Bartholdi Street?

—Me lo sopló un pajarito.

—Dígale a ese pajarito que le puede caer el pelo si yo lo descubro —respondió McBride dirigiendo a Jack una mirada inquisidora.

Jack se sirvió otra copa, como si la cosa no fuera con él.

CONCLUSION

Mandé un telegrama a Bárbara Miller: «El peligro ha pasado, vuelva cuando quiera.»

El Fiscal del Distrito aceptó que la madre de Michael fuera internada de nuevo en el Residence Hospital, y no encarcelada, en tanto se celebraba el juicio.

William Standley contrató al mejor abogado de Nueva York; éste demostró que la señora Elizabeth Standley padecía de enajenación transitoria cuando dio muerte al asesino de su hijo, y consiguió su libertad.

De hecho, todas las madres del país tomaron partido en favor de la madre de Michael, asegurando comprender y compartir su situación, a través de cartas y movilizaciones multitudinarias.

* * *

Una tarde fui a ver a Terry: llevaba una botella de champán francés bajo el brazo.

Me abrió una Terry chorreando agua, medio envuelta con una toalla.

—Cuando no me sacas de la cama, me sacas del baño. ¿Qué se celebra? —dijo al ver la botella.

—Nuestro indulto. Yo no soy un asesino, y tú ya no eres mi cómplice.

—Hace días que lo sé por los periódicos... Anda, pasa. Ve descorchando eso mientras me pongo algo.

—No veo la necesidad.

Los ojos verde esmeralda de Terry me miraron fijamente, sus labios se entreabrieron esbozando un ligero mohín concupiscente.

—¡Huy, huy, huy...! Tú traes muy malas intenciones...

Observé que caían algunas gotas de su oscura cabellera sobre los desnudos hombros, resbalando subrepticios en busca de zonas más recónditas.

Me pregunté cuánto tardaría la toalla en resbalar descubriendo los secretos de aquel precioso cuerpo, y decidí poner algo de mi parte. Mi

corbata y la toalla llegaron a la alfombra casi al mismo tiempo.

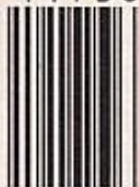
Fue sólo el principio de algo memorable.

FIN



9 788402 025135

11736



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España